SS

SERVICIO SECRETO

MUÑECA DE SANGRE

silver kane



Jamás había asistido Larkey a una ceremonia tan triste como aquélla.

Que una persona muera y sea despedida de este mundo siempre es triste y deprimente, pero que la muerta sea una niña de diez años que poco antes aún se divertía con sus juguetes resulta tan deplorable que uno, en cierto modo, tendría ganas de morirse también.

Y eso era lo que le pasaba a Larkey.

No le gustaba la muerte, y mucho menos cuando la muerte hacía presa en un niño. Eso era algo que no podía resistir.

Además la tarde era triste, era una de las tardes más deprimentes que recordaba en su vida.



Silver Kane

Muñeca de sangre

Bolsilibros - Servicio Secreto - 732

ePub r1.0
LDS 31.10.17

Título original: *Muñeca de sangre*
Silver Kane, 1964
Cubierta: Emilio Freixa
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Prólogo

El hombre era alto, moreno, de facciones ligeramente africanas, a lo cual contribuía su cabello ondulado y sus labios algo gruesos. Vestía un traje fresco de media estación, camisa blanca y corbata con dibujos hechos a mano. Llevaba también una cartera negra.

Iba en un departamento de primera del expreso Marsella-París y contemplaba, al parecer pacíficamente, el paisaje formado por campos de suave ondulación, por pequeñas villas industriales y por puentes colgados sobre las carreteras por las que pasaban riadas de coches. Parecía tranquilo y distraído como un viajero más, pero en realidad todos sus nervios estaban en tensión.

Se había colocado muy cerca de la puerta.

Ya cuando subió al expreso en París había tenido la sensación de que alguien le seguía, de que corría un secreto y desconocido peligro. Por ejemplo hubiera jurado que el primer tipo que se cruzó en el pasillo con él era un agente de la Süreté. Y también el empleado argelino que le había arreglado la cama para pasar la noche. Y hasta la bellísima mujer con la que se tropezó al ir al vagón restaurante por segunda vez.

Por eso estaba alerta. Por eso, mientras se acercaban a París a gran velocidad, pensaba una y otra vez que se estaba acercando el momento decisivo.

Mientras fingía mirar los campos, miraba en realidad a ambos lados del pasillo, palpando la automática que llevaba en la funda axilar. No podía exponerse a ninguna sorpresa. ¡No podía admitir que algo fallase ahora que iba a ser dueño de medio millón de dólares!

El tren se acercaba velozmente a un cambio de agujas. Silbó dos veces y cortó velocidad. El traqueteo del convoy disminuyó de intensidad, mientras los árboles contiguos a la vía, que antes apenas se distinguían como una mancha, iban haciéndose más concretos.

La máquina pasó su velocidad de cien kilómetros a ochenta, y de ochenta a casi cincuenta. Y aún siguió cortando fuerza mientras más se aproximaba al cambio de agujas, en tanto el hombre contenía la respiración.

Tenía que decidirse. Éste era su momento.

Dentro de un par de minutos la velocidad sería la justa para lanzarse a la vía sin gran riesgo de matarse. Estaba además en el último vagón —siempre que viajaba escogía ése— y ello aminoraba peligro de que alguien le viese e hiciera sonar el timbre de alarma.

Se acercó pausadamente a la puerta, mientras el convoy disminuía aún más su velocidad al tomar una curva.

Y de pronto los vio.

Era el tipo que se cruzó con él al salir de la estación de Marsella, pero no venía solo. Tras él se acercaban dos gendarmes con metralletas. No hacía falta ser muy listo para adivinar, por sus gestos, que estaban dispuestos a hacer fuego.

En menos de un segundo, en un parpadeo, la situación había cambiado radicalmente.

Lo que parecía un viaje pacífico se había transformado bruscamente en una cacería a muerte.

El hombre no vaciló. Sabía que en esas circunstancias la única salvación consiste en ser el más rápido.

Extrajo su automática e hizo fuego, mientras saltaba hacia la puerta. Uno de los gendarmes recibió el plomo a la altura del corazón y cayó hacia delante, mientras lanzaba sobre la alfombrilla del pasillo una inútil ráfaga de metralleta.

Su compañero disparó a dar, mientras lanzaba una maldición.

El fugitivo dejó escapar un grito de triunfo al darse cuenta de que las balas habían mordido inútilmente las planchas de metal. Tomó la manija de la puerta y tiró de ella, consiguiendo abrirla, mientras en el vagón sonaban gritos histéricos de mujer.

Si alguien salía al pasillo estaba salvado. Los policías no se atreverían a disparar otra vez.

Una nueva ráfaga de metralleta retumbó en el vagón, mientras el fugitivo saltaba. Dio una extraña voltereta en el aire y quedó unos segundos de pie mientras el segundo gendarme asomaba por una de las ventanillas.

El fugitivo disparó, pero fue inútil. La bala apenas alcanzó el

techo del vagón. Y a él la ráfaga le deshizo el vientre, el estómago y el pecho.

Dio dos vueltas de campana, mientras el convoy, tras accionarse el timbre de alarma, se detenía por completo.

El gendarme y el inspector de paisano saltaron a la vía. El inspector abrió la cartera del muerto, hurgando en ella como un obsesionado.

Cuando sacó la mano, sus facciones se habían vuelto grises.

—Nada —murmuró—. No hay nada en ella, maldita sea…

El gendarme, mientras tanto, contaba los impactos en el cadáver, igual que el cazador que examina una pieza.

—Fíjese… —murmuró—. Once… Once balas colocadas como en un dibujo…

CAPÍTULO PRIMERO

Jamás había asistido Larkey a una ceremonia tan triste como aquélla.

Que una persona muera y sea despedida de este mundo siempre es triste y deprimente, pero que la muerta sea una niña de diez años que poco antes aún se divertía con sus juguetes resulta tan deplorable que uno, en cierto modo, tendría ganas de morirse también.

Y eso era lo que le pasaba a Larkey.

No le gustaba la muerte, y mucho menos cuando la muerte hacía presa en un niño. Eso era algo que no podía resistir.

Además la tarde era triste, era una de las tardes más deprimentes que recordaba en su vida.

Una lluvia mansa y suave flotaba en el aire e iba impregnando poco a poco los objetos y las personas, tiñéndolas con su tristeza. Los que iban detrás del coche fúnebre se habían subido las solapas de los abrigos y avanzaban con las manos en los bolsillos, cabizbajos y silenciosos como sombras. El pequeño ataúd era como una mancha blanca entre los espectros negros de la tarde.

De pronto Larkey se detuvo, cuando el cortejo iba a entrar en el cementerio de Pantin.

¿Por qué estaba allí?

¿Qué le había empujado a seguir hasta su última morada el cuerpo de una pobre niña fallecida de muerte natural?

Larkey no lo sabía, no hubiera sido capaz de contestarse a aquellas extrañas preguntas. Pero estaba allí.

Y tiempo después se acordaría muchas veces de aquella tarde, de la mansa lluvia y del extraño capricho que había tenido al seguir el cadáver de una pobre niña.

* * *

Girrot, que estaba restableciéndose, en uno de los pocos y viejos hospitales de París, contemplaba la lluvia a través de los cristales de su ventana cuando la enfermera vino con aquella noticia.

—He de decirle algo malo, señor Girrot, pero le ruego que no se afecte.

—¿Algo malo? ¿La policía va a detenerme otra vez? ¿Me acusan de haber robado una bomba atómica?

—Nada de eso, señor Girrot. Ya le dije que la policía había decidido que por esta vez no tenía nada contra usted. Se trata de algo mucho más personal.

—¿Qué ocurre?

—Ha muerto su sobrina Juliette.

—¿Qué dice?…

—Ya lo ha oído. Ha muerto su sobrina Juliette.

—¡Pero si sólo tiene diez años!

—Eso es lo más lamentable, señor Girrot. Yo no puedo soportar que una niña muera. Antes estaba en la sala de infancia, ¿sabe? Y tuve que marcharme de allí porque algunas veces no podía soportarlo. No podía… Cuando se muere uno de ustedes es distinto. Una se queda igual.

—¡Vaya! Gracias…

—Supongo que usted lamenta mucho lo sucedido, señor Girrot.

No hacía falta que lo dijese. Se notaba que Girrot, a pesar de ser un viejo truhan, no había perdido del todo los sentimientos. Sus ojos se habían humedecido, y a pesar del fantástico dominio de sí mismo que, presumía tener, sus manos temblaban ostensiblemente.

—Quiero ir al entierro —dijo con brusquedad.

—Será imposible, señor Girrot.

—¿Por qué?

—Ya sabe que la policía dijo que no saliera de aquí sin un permiso especial.

—¡Pero si yo estoy libre!…

—Libre sólo en cierto modo. Tiene pésimos antecedentes. La policía desea controlarlo en todo momento; eso es lo que dijeron.

Girrot hizo un gesto de impotencia.

—Usted conoce perfectamente lo ocurrido. Un coche me

atropelló cuando yo acababa de salir de Marsella. No estaba haciendo nada malo; tenía mi documentación en regla.

Me paso dos semanas entre la vida y la muerte y ahora resulta que no me dejan salir de aquí. ¿Qué culpa tengo? ¿Por qué me tratan como si fuese un apestado?

La enfermera abrió la puerta, disponiéndose a salir.

—Lo siento, señor Girrot. Yo sólo obedezco órdenes. Y le aconsejo que no haga tonterías.

La puerta se cerró bruscamente.

Girrot hizo un gesto de furia, mientras apretaba los puños sobre la ventana, por cuyos cristales resbalaban lentamente las gotas de lluvia.

* * *

En aquellos momentos, y en otro rincón de París, una segunda persona se sentía también hondamente afectada por la temprana muerte de Juliette.

Ésta era una mujer. Una mujer joven, bonita, provocativa, que tenía también un apodo joven, bonito y provocativo.

La llamaban «Muñeca».

Muñeca era modelo de publicidad y trabajaba a la vez para cinco o seis agencias. Cualquiera que sea aficionado a leer revistas francesas habrá visto sin duda más de una vez la imagen de «Muñeca», aquí anunciando un vestido de gran gala, allá un lápiz de labios, en otro sitio un corsé apto para ejercicios violentos, y hasta en algunas ocasiones un automóvil. Sí. No hay duda de que más de un «M. G.», un «Alfa Romeo» o un «Maseratti» deportivo se han vendido por el sencillo hecho de que «Muñeca» se dejó fotografiar sentada encima del capó, con las piernas cruzadas y una sonrisa nostálgica en la boca.

«Muñeca» estaba trabajando en uno de los estudios de publicidad cuando le dieron la noticia.

Esta vez anunciaba una cosa muy sencilla: Un aspirador. El fotógrafo daba sus indicaciones:

—Que la falda resulte un poco más corta; «Muñeca». Vamos a fotografiar sólo de cintura para abajo.

—¿Pero qué es lo que anuncio? ¿Un aspirador o una marca de

medias?

—Parece mentira que seas tan imbécil, «Muñeca». La gente que lea el anuncio no se fijará en el aspirador si antes no se ha fijado en tus rodillas. Tienes que parecer un ama de casa, pero un ama de casa «distinta». Vamos, adelanta un poco la pierna izquierda. Así… Que la posición de las caderas resulte un poco más provocativa… Adelanta el aspirador…

¿Pero qué te sucede, «Muñeca»? ¡Esta tardé no haces nada bien!

«Muñeca» se encogió de hombros, cansada, y fue a encender un cigarrillo.

—No sé… Me estáis hartando entre todos.

—¡Tú cobras para trabajar!

—¡Y trabajo! ¿Es que crees que es poca cosa estar aguantándote todo el día? Pero no sé qué me pasa. Debe ser la tarde. Hay veces en que esa lluvia mansa me deprime, como si me recordase la muerte…

Fue en aquel momento cuando la encargada del vestuario vino con la noticia:

—«Muñeca», se ha muerto una sobrina suya.

—¿Una sobrina? ¿Quién?

—Juliette.

—¡Dios mío! ¡Pero eso no puede ser! ¡Si ni siquiera estaba enferma!

—Ha sido un ataque de meningitis, por lo visto. Una cosa muy rápida.

«Muñeca» se llevó las manos a las mejillas, mientras las lágrimas asomaban bruscamente a sus ojos.

—¡No…! ¡No puede ser!

—Si quieres ir al entierro, «Muñeca»… Es ahora mismo.

—¿Ahora? —«Muñeca» parecía aturdida, como si no acabara de creer la noticia.

¿Cómo es que no me han avisado antes?

—Por Jo visto no sabían dónde encontrarte. Recuerda que la noche pasada trabajaste para los de «Cocinas Fhar», y como hubo que repetir muchas veces no fuiste a dormir a casa.

Los ojos de «Muñeca» se habían cerrado un momento. Parecía tambalearse, a punto de caer.

—Quiero irme. ¡Quiero irme ahora mismo! El fotógrafo protestó.

—¡Tú sabes que esto corre prisa! ¡Los negativos tienen que estar entregados mañana a primera hora, y antes habrá que retocarlos! ¡No seas loca, no puedes irte ahora!

«Muñeca» le arrojó el aspirador por la cabeza. El fotógrafo tuvo que apartarse.

—¡Haré que nunca más trabajes en esta agencia! —aulló.

—¡Las agencias me sobran! ¡Vete al infierno! Y salió.

La empleada del vestuario le dijo:

—No vayas a su casa. Me han dicho que ya salieron. Es en el cementerio de Pantin.

«Muñeca» la oyó perfectamente.

Pero no fue al cementerio de Pantin, sino a la casa donde había vivido la pequeña Juliette.

* * *

Girrot se había vestido sin hacer el menor ruido. Girrot estaba junto a la puerta de su habitación, agazapado, con todos los nervios en tensión, aguardando su momento.

Llevaba ya casi cinco minutos así. El enfermero que vigilaba el pasillo, y que todos los días solía entrarle el periódico a aquella hora, parecía no decidirse a venir nunca esta vez.

La lluvia se había hecho más intensa, repiqueteaba en los cristales y Girrot sentía como si aquel sonido estallase dentro de su cabeza.

Tenía que salir del hospital. Tenía que salir ahora mismo o sería ya demasiado tarde…

Por fin oyó los pasos del ayudante que avanzaba por el pasillo. Lo hacía lentamente y deteniéndose a trechos, como si escuchara. Resultaba inconfundible.

Girrot preparó las dos manos, enlazándolas.

Había propinado muchas veces aquel golpe y sabía que era de efectos decisivos. Lo único malo que aquel golpe tenía era que podía matar, pero Girrot estaba dispuesto a correr ese riesgo. No iba a vacilar ante nada…

Apretó los labios cuando la puerta empezó a abrirse poco a poco.

El ayudante entró. Era un hombre flaco, más bien débil, que no

ofrecía mucha resistencia.

Además estaba quieto y de espaldas a él. Parecía muy asombrado al no ver al paciente en la cama.

—¡Girrot! —llamó—. ¡Girrot! ¿Dónde está, imbécil, maldita sea? Girrot se movía *n* su espalda.

El ayudante no le oyó siquiera. No se dio cuenta de lo que le iba a suceder.

De pronto sintió el impacto en la nuca y el suelo de la habitación pareció subir hacia él, mientras la habitación daba una rápida vuelta en torno suyo. Un segundo después estaba quieto, con la nuca destrozada, mientras Girrot, que había servido cuatro años en los comandos de la Legión Extranjera, se frotaba las manos.

No necesitó más que una rápida ojeada para darse cuenta de que acababa de matarle.

—Siempre me ha sucedido lo mismo… —lamentó—. En Argel ocurría igual… Quería dejar sin sentido a algún centinela enemigo y luego resultaba que lo había matado… Pero no quería llegar a tanto…

Alzó la mano un poco cómicamente, como si estuviera ante un tribunal.

—Juro que no quería llegar a tanto.

Oteó el pasillo, viendo que tenía el camino libre. Adoptó un continente grave, digno, como si fuera una de esas visitas pelmas que siempre se marchan a última hora de los hospitales, y se encaminó a la puerta principal.

Fue directamente a la casa donde había vivido Juliette.

* * *

La casa estaba triste y daba una espantosa sensación de vacío. Era un dos piezas modesto y sin ni siquiera servicios sanitarios particulares, como ocurre en muchas casas del viejo París, y la tristeza parecía poder cortarse allí dentro como una cosa sólida. La ventana principal estaba abierta y la lluvia penetraba ablandando el papel con que las paredes estaban decoradas. Por todas partes había restos de cigarrillos y ceniza de gente que había pasado velando allí la noche. Una pequeña alfombra que era persa legítima. —Girrot mismo la había regalado después de uno de sus viajes a Indochina,

con la Legión—, estaba quemada y ahora tenía sobre su superficie un círculo oscuro causado por la lluvia.

Girrot había encontrado la puerta abierta. No era normal, aunque, dadas las circunstancias, tampoco resultaba extraño.

Buscó con los ojos en todas partes, examinando punto por punto los muebles y los objetos que había en las dos habitaciones.

Todo estaba amontonado, en desorden, pero el espacio era tan reducido que, de todos modos, el que buscara allí una cosa tenía que encontrarla.

Sólo que lo que buscaba Girrot no apareció por ninguna parte.

¿Dónde estaban los juguetes de Juliette? ¿Dónde las pequeñas cosas que habían llenado su universo de niña?

Girrot se puso nervioso. Era absurdo, pero aquello hubiera tenido que estar allí… ¡y no estaba! Hubiera tenido que verlo en el primer momento y no lo veía. ¿Cómo era posible?

¿Dónde podía haberlo puesto Juliette?

Girrot empezó a sudar. Un sudor frío. Notó que las manos le temblaban ostensiblemente.

¿Habría matado por nada? ¿Es que era posible que aquello se hubiera esfumado como si se pudiera disolver en el aire?

Desesperado, atónito, miró por la ventana, a través de la cual seguía entrando la lluvia. Y entonces la vio.

«Muñeca», su prima «Muñeca», la de las fotos publicitarias, la chica de la cual se habían enamorado por turno —a través de las contraportadas de las revistas— todos los reclutas de la Legión, estaba en la esquina, unos cien metros más allá, en la parada de taxis, esperando que alguno llegase libre.

Y «Muñeca» la llevaba en los brazos.

¿Qué era lo que llevaba?

Bueno, lo más sencillo del mundo.

«Muñeca» llevaba una muñeca.

* * *

Girrot sintió que la boca se le secaba instantáneamente. Comprendió en menos de un segundo que su prima había estado allí antes que él, tan poco antes que casi debieron cruzarse en la escalera. Pero aquella diferencia de minutos pudo haber resultado

fatal para Girrot de no haberse encontrado «Muñeca» con que no había ningún taxi libre en la parada. Y sólo a la casualidad se debía el que a él se le hubiera ocurrido asomarse a la ventana en aquel momento.

Pero, ahora que acababa de ver lo sucedido, no podía perder tiempo. Necesitaba estar junto a «Muñeca» antes de que ésta encontrara un taxi.

Y necesitaba arrancarle a «Muñeca» la muñeca que llevaba entre los brazos. ¡Infiernos, si aquello parecía un juego de palabras!

Pero era algo más que eso.

Girrot dio un salto para abandonar la habitación, salió al descansillo y de pronto tuvo la sensación de que topaba con una colchonería.

Estuvo a punto de arrollar a la impresionante señora de ciento veinte kilos que en aquel momento se disponía a atravesar el descansillo. La opulenta señora le sujetó entre sus brazos y Girrot se sintió perdido.

—¿Pero qué hace usted, mamarracho? ¿Habrase visto sobón?

—Yo… yo le ruego, señora…

—¿Quiere que llame a mi marido, que es mucho más gordo que yo?

—No, no, de ningún modo… Yo le presento mis excusas… Yo se lo ruego, señora. Yo me pongo a sus pies…

La matrona le soltó.

—¡Alfeñique!

Poco podía imaginar que, gracias a un golpe de comando, aquel alfeñique acababa de matar a un hombre. Poco podía imaginar que durante unas fracciones de segundo, como un relámpago, por la mente de Girrot había pasado la idea de matarla a ella también.

Pero Girrot ya corría escaleras abajo. Ya estaba en la calle, sacudido por las ráfagas de lluvia.

Vio a «Muñeca» a cien metros, a cincuenta, a treinta…

Fue a llamarla, pero en aquel momento ella detuvo un taxi. Subió velozmente a él, con una inesperada exhibición de piernas.

Girrot lanzó una maldición.

Vio que una anciana iba a tomar otro taxi, en la esquina frontera, y se abalanzó sobre ella. Casi la derribó a tierra en su esfuerzo por pasar él primero.

—¿Pero a dónde quiere que vayamos, salvaje? ¿Al cementerio? Girrot aulló:

—Sí, vamos al cementerio. ¡Vamos enseguida al cementerio de Pantin! El taxista no se atrevió a preguntar más.

Capítulo II

Larkey estaba de vacaciones.

Larkey era uno más de los millones de turistas que cada año llegan a París, bien sea desembarcando en El Havre, rodando por la Autopista del Oeste, abandonando el tren en Austerlitz o descendiendo por la escalerilla de un avión en el aeropuerto de Orly. Larkey había cumplido los ritos sagrados de visitar el Louvre, la tumba de Napoleón, el Museo de la Grande Armée, el Museo Carnavalee, las Tullerías y las chicas desnudas de Pigalle. Larkey había gastado más francos de lo que pensaba, se había equivocado de ramal de Metro un par de veces y se había detenido disimuladamente en los Campos Elíseos para mirar las rodillas de las señoritas que estaban sentadas en los cafés.

En fin, Larkey había hecho, ni más ni menos todo lo que millones de turistas hacen cada año.

Pero además Larkey había entrado en el país, con autorización especial, una placa y un revólver calibre 38. Larkey era un agente del
F. B. I.
que había cruzado el Atlántico por primera vez, y no sabía desprenderse de lo que en los Estados Unidos era su herramienta de trabajo.

Aquella mañana —una mañana en la que seguía lloviznando débilmente, con una lluvia sucia y cargada de carbonilla—. Larkey se presentó en el despacho de la Süreté que ocupaba su amigo el inspector Gibert.

Gibert estaba revisando unos atestados cuando él llegó. Como buen francés fumaba en pipa mientras trabajaba, pero fumaba mal. Sin levantar la vista de los papeles, señaló una silla a Larkey para

qué se sentara enfrente de la mesa.

—¿Vienes a despedirte?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿No llevas ya diez días en París? ¿No habías dicho que te largabas a pasar el resto de tus vacaciones en Bretaña?

—Sí, eso pensaba. Gibert alzó los ojos.

—¿Es que has cambiado de opinión?

—No sé… Es muy pronto aún para decidir. Realmente no sé qué pensar.

—Yo sí que lo sé —dijo Gibert apuntándole con su pipa—. A ti te ha picado esa mosca que los folletos de las agencias de turismo llaman «el embrujo de París». ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La chica.

—No hay ninguna chica en esto. No se trata de ninguna mujer.

—¡*Mon Dieu*! ¿Pero, qué es eso? ¡Sólo tienes veintiocho años!

—Y me llaman la atención las mujeres de París, desde luego. Pero esta vez se trata de algo distinto.

—No me digas que piensas tirarte de la Torre Eiffel a ver qué sensación se siente.

—Estuve en el cementerio de Pantin.

—*¿En…* un cementerio?

Gibert había dejado por completo los atestados que revisaba, y hasta había permitido que se apagase su pipa. Miraba con una sonrisa a su amigo, como si lo que éste contaba le divirtiese.

—¿Qué fuiste a hacer ahí? —preguntó.

—No lo sé… No sé exactamente por qué seguí con mi coche aquel féretro. Quizá porque la tarde era lluviosa y triste y porque sentía la tristeza del ambiente clavada en el corazón. Hay cosas que uno hace sin saber por qué, sin que consiga explicárselo. Era el entierro de una niña, y había muy poca gente. De pronto sentí que era como un deber acompañarla. Que aquella niña a la que ni siquiera había visto jamás necesitaba el homenaje de un desconocido como yo. El caso es que seguí el coche fúnebre.

—No sabía que fueses un sentimental, Larkey.

—¡Oh, no! Soy más bien un tipo un poco triste.

—¿Incluso en París?

—París no es siempre una ciudad alegre.

Gibert retiró un atestado con fotografías en el que se hablaba de un norteafricano que había asesinado a una muchacha después de violarla, y dijo lentamente:

—No, no es siempre una ciudad alegre.

—El caso es que fui al cementerio de Pantin. La cosa no tenía nada de particular, aunque resultara muy triste. Ya supongo que en París mueren muchos niños al cabo del año. El caso es que estuve quieto junto a un árbol, viendo la inhumación. Y entonces ocurrió algo que todavía no me explico.

—¿Qué fue?

—Llegó una mujer con una muñeca.

—¿Una… muñeca?

—Ya veo que te cuesta creerme.

—No, no… Pero es que, al parecer, la cosa no tiene sentido.

—Sí que lo tiene. Y en realidad la cosa era dramática, ¿sabes? La mujer decía que aquella muñeca había sido el juguete preferido de la niña a la que iban a sepultar. Quería, ni más ni menos, que la pusieran en la tumba. Los padres de la niña también estaban conformes. Decían que ver aquella muñeca aún les pondría más tristes.

Gibert volvió a encender su pipa, pero con movimientos desganados.

—Realmente la situación no debió tener nada de agradable. No me hubiera gustado estar allí.

—No, no me gustó.

—De todos modos —susurró Gibert—, y aunque la cosa no tenga nada de normal, tampoco veo que resulte inexplicable.

—Es que ahí no termina todo. De pronto irrumpió en escena un hombre. Era un tipo pequeñajo, aunque se le adivinaba fuerte, no muy bien vestido. Parecía como si lo más importante del mundo para él fuese alcanzar a la muchacha que llevaba la muñeca. Empezó a decir que no la enterrasen. Que al fin y al cabo se la había regalado él a la niña y que quería guardarla como recuerdo.

—¿Qué decidieron al fin?

—El tipo pequeñajo se la llevó.

—¿Es que era pariente de la niña muerta?

—Sí; por lo visto era un tío lejano suyo. Y la muchacha que llevaba la muñeca también. O sea que ambos, puesto que no

parecían hermanos, debían ser primos o algo semejante. Daba la sensación de una de esas familias con muchísimos parientes, aunque al entierro no iba casi nadie. En fin, el hombre que había llegado en último lugar se llevó la muñeca.

Gibert ahogó un bosteza.

Pasado el primer impacto sentimental, producido por la descripción del triste entierro de la niña, la verdad era que la cuestión había dejado de interesarle.

No comprendía muy bien por qué Larkey, a quien había conocido actuando con dureza en su país, se preocupaba de muertos, de cementerios bajo las tardes de lluvia, y de cosas por el estilo.

—¿Eso es todo? —susurró.

—Sí, eso es todo. ¡Ah! Y he visto unas exposiciones de escultura y modelado muy interesantes.

—No comprendo que por una cosa así alargues tu estancia en París.

—¡Oh, no la alargo por eso! En realidad es que creo que no conozco aún bien la ciudad. Pero te lo explico porque el suceso de ayer fue causante indirecto de que me quede. Me he dado cuenta de que los cementerios de París resultan dignos de ser conocidos. Por ejemplo el de le Pére Lechaise, el cual todavía no he visto.

—Bueno, cada uno con sus manías… ¿Quieres que salgamos esta noche? Puedo conseguir dos butacas para el «Folies». No creas, no es fácil. Los turistas las compran con un año de antelación.

—Está bien, iremos. Pero no es fácil que haya chicas como ésta.

Depositó una revista sobre la mesa. En la contraportada se veía a una muchacha exhibiendo un jersey. La chica era decentita, el montaje de la foto también, y el jersey llegaba hasta el cuello. Pero no obstante la chica tenía «algo». Había en ella un no sé qué que vibraba, que penetraba en los sentidos. Sus ojos, que miraban fijamente a la cámara, parecían contener una promesa.

Gibert la miró.

—Sí, es preciosa. Aparece muchas veces en las revistas, puesta que es modelo profesional. La llaman «Muñeca».

Larkey dijo sin interés:

—Pues parece un juego de palabras. Porque «Muñeca» es la que ayer tarde llevaba la muñeca al cementerio.

—¿Qué dices…?

—Caramba, parece como si te hubieras sobresaltado… Sólo digo que esa chica fue la de la muñeca.

—¿Y dices que el que vino a quitársela era un tipo pequeñajo, pero al que se adivinaba duro y fuerte? ¿Tendría unos treinta años?

—Supongo que sí.

—Entonces es él.

—¿El? ¿Quién?

—Girrot. Un ex legionario y un maleante conocido por toda la policía de París. El y «Muñeca» son primos, efectivamente. Lo que ocurre es que Girrot no había cometido hasta ahora ningún delito importante, y ayer, en cambio, mató a un hombre. Tuvo que ser por algo muy esencial para él.

Gibert se puso en pie y pulsó una de las teclas del dictáfono que tenía encima de su mesa.

—Ahora ya sabemos algo. Ya sabemos en qué dirección se mueve ese tipo. —Habló ante el dictáfono—. Oiga, Drecy, movilice a todos los hombres disponibles en este momento y busquen a Girrot en el domicilio de una prima suya conocida por «Muñeca». No le será difícil dar con la dirección. Es una famosa modelo publicitaria ¡Ay! Y procure que vayan un par de buenos tiradores. Yo saldré también cuando todos estén listos.

Se volvió hacia el americano.

—¿Me acompañas; Larkey?

CAPÍTULO III

La policía iba a equivocarse, como se equivoca tantas veces. Iba a seguir la pista más probable sin darse cuenta una vez más de que la pista más probable suele ser la menos segura.

Los agentes especializados que se situaron en las cercanías de la casa de «Muñeca», de tal modo que sus pistolas dominaran la zona en caso necesario, no sabían que iban a darse un plantón inútil. Y el inspector Gibert, que subió al apartamiento de la muchacha para interrogarla, no sabía que iba a faltarle poco para hacer el ridículo.

Porque «Muñeca» no sabía nada. No sabía dónde estaba su maldito primo, como no lo había sabido casi nunca. ¡Si se veían una vez cada diez años! Tampoco tenía idea de dónde podía haber ido después de largarse del cementerio.

—¿Y por qué no me han visitado antes? —preguntó—. ¿No sabían ya que Girrot es primo mío? Si le buscaban por algo, ¿cómo no se le ha ocurrido hasta ahora que podía estar oculto aquí?

—Porque mi memoria es buena, pero no funciona como un aparato de relojería —gruñó Gibert—. Cuando en el primer momento he pensado en Girrot, no se me ha ocurrido relacionarlo con usted. Ha sido luego, al ver su fotografía.

—Pues coma rabos de pasas, amigo. Así su memoria funcionará mejor.

—¿No tiene idea de dónde puede estar su primo?

—¿Girrot? ¿Y quién lo sabe? Siempre ha sido un bala perdida. Puede estar en las nubes, puede estar debajo de mi cama… ¡Busque!

Gibert salió de allí impresionado por la belleza de la chica, pero echando chispas por las muelas.

Y lo curioso era que Girrot no se encontraba lejos de allí. Girrot había ido a un par de cines de la Avenida de la Opera con el fin de

pasar el rato sin llamar demasiado la atención, mientras llegaba la hora de tomar el tren que le conduciría a Marsella. Luego, con el mismo objeto, se había ido a visitar unos bares del bulevar Sebastopol.

No llevaba la muñeca encima.

La muñeca había sido embalada y enviada a Marsella por medio de una agencia de transportes.

Y él la seguiría. Aquella misma noche iba a tomar el tren. Un disfraz muy simple, consistente en un traje muy serio, un bigote y unas gafas claras, bastaría para despistar la rutinaria vigilancia que la policía habría montado en todas las estaciones terminales.

Además, nadie supondría que iba a tener la audacia de salir de París en tren. Sin duda los de la Süreté imaginaban que él intentaría escapar por carretera, aprovechando las grandes aglomeraciones que se producen después del cierre de las oficinas.

Tomó el Metro en la plaza de la Bastilla.

Estaba contento, alegre, a pesar de llevar sobre sus espaldas un crimen. Se sentía libre como un pájaro. Estaba seguro de haber ideado el plan más hábil e inteligente del mundo. Nadie podría evitar ya que ganase medio millón de fuertes y relucientes dólares fabricados por el Tío Sam.

Y fue entonces cuando lo vio.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquellos ojos lo miraban desde el otro lado del vagón, por encima de las cabezas de los apiñados viajeros.

Unos ojos.

Nunca como entonces el ex legionario Girrot, veterano de las guerras de Indochina y de Argelia, había sentido tan cerca de su boca el soplo helado de la muerte.

Descendió en la primera estación, mezclado a la multitud, creyendo que así pasaría desapercibido. Los ojos le siguieron.

Girrot pudo escabullirse a pesar de todo, gracias a su endeble estatura. Moviendo su pequeño cuerpo como la cola de un lagarto, pasó entre los hombres presurosos que salían de sus trabajos e iban a hundirse en los pequeños apartamientos donde les esperaba una mujer gruñona. Rozó a una jovencita esbelta y cimbreante que lanzó un gritito. Apenas un minuto después, Girrot había vuelto a la estación, pasando por la línea de «Correspondencia», y tomaba otro

convoy que iba en dirección opuesta.

Transbordó dos veces, estando seguro de que nadie le seguía ya. Uno de los transbordos lo hizo en el Carrefour de
l'Odeon,
un auténtico laberinto donde resultaba dificilísimo localizar a una persona. El otro en la Opera, donde en aquellos momentos la gente subía y bajaba de los convoyes en forma de dos inmensas manadas.

Por fin pudo respirar tranquilo. No le seguían.

Con todo aquel conflicto había perdido el tren para Marsella, ya que ahora era seguro que no llegaría a la estación a tiempo. Pero eso no importaba. Habría otro tren a la mañana siguiente, y en cuanto a pasar la noche ya encontraría un lugar donde no molestase la policía. Los tugurios de París son innumerables.

Al salir de la estación del Parque Monceau, respiró con calma la noche de París. Hacía una temperatura tibia, suave, y había dejado de llover. Daba gusto vivir en una ciudad así, llena de oportunidades, de mujeres bonitas y de policías desorientados que nunca podrían encontrarle a uno.

Encendió un cigarrillo.

¿Y si atravesase el Parque Monceau? Saldría así a los aledaños de Montmartre. Y si alguien le seguía, acabaría por perder completamente la pista.

Lo hizo.

El Parque Monceau aparecía tranquilo en las primeras horas de la noche, sin más visitantes que algunos enamorados y algún oficinista retrasado que pasaba por allí para cortar camino.

Girrot cruzó rápidamente, con paso ágil y elástico, buscando a propósito los lugares menos concurridos.

Y de pronto lo vio.

No, no era el mismo que había distinguido en el Metro. Los ojos de éste no podían mirarle porque era un hombre ciego. Girrot lo sabía bien. Pero resultaba impresionante su figura allí, quieta como una estatua, cortándole el camino, rígido como una muralla.

Girrot sintió que se le cortaba la respiración.

¿Pero por qué? ¿Qué podía él temer de un ciego?

Fue a pasar junto a él, conteniendo incluso el aliento. Y pasó. El ciego no podía verle y, en efecto, no notó su presencia. Para el ciego el paso de Girrot significó un susurro más entre los miles de

susurros que llenaban el parque. Girrot suspiró aliviado. ¿Por qué había tenido miedo? ¿Qué clase de estúpido era él?

Y de pronto se encontró ante los ojos. Unos ojos distintos esta vez. Los ojos de un hombre *que podía ver*.

El ciego había quedado atrás. El que ahora estaba frente a él era otro. Girrot vio los senderos desiertos del parque, vio la luna silenciosa sobre su cabeza y sintió que la angustia le atenazaba.

Vio que se acercaban a él. Vio que se acercaban los ojos.

Intentó lanzar un grito, defenderse, luchar, pero fue inútil. Los ojos parecían hipnotizarle. Y aquellas manos grandes, espesas, enormes, crispadas como garras, se cerraron sobre su garganta con la fuerza de dos garfios de hierro.

CAPÍTULO IV

—Sí —dijo Gibert—, se nace y se muere con mucha facilidad en París. Cada minuto puede decirse que hay alguien que lanza el primer berrido, al llegar a este mundo, y cada dos que hay alguien que lanza el último suspiro, al largarse para siempre. Ya no sé decir si París es una ciudad encantadora, siniestra o ridícula.

Dejó caer la sábana que cubría el cadáver, pero ésta no quedó bien encajada sobre el rostro del muerto, y siguieron viéndose los ojos saltones y dilatados, la boca entreabierta, por la que asomaba un pedazo de lengua, y las marcas de unos dedos fuertes y duros en toda la superficie del cuello.

No era un cadáver bonito. Gibert podía jurarlo.

Larkey se acercó a él y lo estuvo examinando durante un largo rato.

—Un estrangulamiento brutal. Tenía nervio. ¿Te has fijado en su cuerpo donde no hay un átono de grasa? ¿Has visto sus músculos largos y duros, de hombre acostumbrado a pelear? El entrenamiento a que fue sometido en la Legión Extranjera no debió ser cualquier cosa.

—Claro que he visto todo eso —dijo Gibert—. Y también estoy recordando que Girrot mató a un ayudante del hospital de un solo golpe en la nuca. Desde luego era cualquier cosa menos un alfeñique; y por eso me pregunto qué clase de diablo debía ser el que lo mató.

—No debió haber demasiada lucha.

—No. Girrot no tenía en sus manos ni pelos de su enemigo ni ninguna partícula de su ropa, que inevitablemente hubiera quedado prendida en sus dedos al sujetarle del traje. Más bien da la sensación de que Girrot se asustó en el primer momento, y cuando

quiso reaccionar el otro ya le tenía bien sujeto. No le permitió ni siquiera arañarle.

Larkey tomó delicadamente con dos dedos la punta de la sábana, la alzó y la dejó caer sobre el rostro del muerto, de modo que esta vez lo cubriese perfectamente.

Salieron.

Hacía una mañana fresca, limpia, y la atmósfera semifétida del depósito de cadáveres se esfumó apenas salieron a la calle.

Larkey susurró:

—¿Dónde lo encontrasteis?

—En el Parque Monceau.

—Ése es un sitio bastante concurrido, ¿no?

—Según a qué horas. Cuando apareció el cadáver, no deambulaba mucha gente por allí. Algunos enamorados, algún tipo retrasado que pasaba por el parque con objeto de acortar camino…

—¿Llevaba mucho tiempo muerto cuando lo encontraron?

—No, apenas cinco minutos. Puede decirse que el criminal estaba todavía en el Parque. Pero nadie lo vio.

—¿No hay ninguna pista?

—Sí, una especie de testigo. Verás.

Le invitó a subir a su coche, un «Simca 1000» muy feo, y rodaron a poca velocidad hacia la Prefectura, por entre el intenso tráfico de París. Al llegar allí, fueron directamente al despacho de Gibert.

Un hombre estaba en él quieto, sentado en una silla.

Era un hombre que causaba impresión no sólo por su alta estatura y por su reciedumbre, sino también por su espantosa inmovilidad. Cuando la puerta se abrió y ellos dos entraron, aquel tipo no movió un músculo. Larkey tuvo que situarse frente a él, tuvo que mirarle a los ojos para darse cuenta de que aquel hombre tenía que ser ciego.

Gibert dijo:

—Éste es Bertier. —Y añadió—: Bertier, le presento a mi amigo el agente Larkey. Es americano, pertenece al
F. B. I.,
pero no tiene que ver nada con nuestro asunto. Simplemente se encuentra en París y se ha interesado privadamente por el caso. ¿No le molesta que esté aquí?

Bertier susurró:

—¿Por qué va a molestarme?

—Porque éste es un interrogatorio oficial, y usted tiene derecho a no ser escuchado por nadie excepto la policía y el abogado que usted elija. ¿Quiere llamar a uno?

—No. ¿Para qué? Supongo que no se me va a acusar de nada.

—Por supuesto que no —dijo Gibert, sentándose.

—Sólo quiero que me confirme unas cuantas cosas. La primera de ellas si es cierto que usted estaba cerca del cadáver de Girrot cuando éste fue descubierto.

—Debía estar muy cerca, porque el grito de la mujer que lo halló pareció sonar dentro de mis oídos.

—¿Conocía usted a Girrot?

—Sí.

—¿De qué se conocían?

—Trabajamos juntos en otro tiempo. Se entiende antes, de quedar yo ciego. Girrot se licenció de la Legión después de la campaña de Indochina, y entonces estuvo un tiempo ejerciendo diversos oficios por Marsella, Tolón y algunos puntos de la Costa Azul. Fue entonces cuando nos tratamos. Luego, al ponerse serio lo de Argelia, Girrot tuvo ocasión de volver a enrolarse conservando su antiguo grado. A partir de entonces dejamos de vernos. Mejor dicho, es evidente que yo ya no le pude ver más.

Gibert encendió un cigarrillo.

Las declaraciones del ciego eran serenas, tranquilas, y concordaban exactamente con los datos que él tenía anotados en un papel encima de la mesa.

Sintió una brusca, casi instintiva simpatía hacia aquel hombre que era un verdadero gigante pero que ya no podría ver nunca a una mujer, reconocer a sus amigos, distinguir los conocidos relieves de las calles de París.

Un gigante mutilado, eso era Bertier. Una pena.

—Ayer Girrot tuvo que pasar muy cerca suyo —expuso lentamente el inspector—. Más o menos han podido identificarse sus pisadas en la arenilla del Parque, y así hemos podido trazar la historia de los últimos pasos que dio en su vida. Debió pasar junto a usted y luego tropezó con el asesino. ¿Es así?

Bertier se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga?

—Por ejemplo dígame si Girrot, al reconocerlo, le saludó de alguna manera.

—Si es que me reconoció, supo disimularlo muy bien. No me dijo nada. Y conste que hubiera oído incluso un susurro, porque tengo el oído muy fino.

—Pero el hombre que lo asesinó debía encontrarse apenas a unos pasos. Doce o catorce, a juzgar por la posición del cadáver. Debió haber lucha, aunque fuera muy breve.

¿No oyó ningún grito?

—Apenas un gemido. Por eso me detuve, en vez de seguir mi camino. Y por eso estaba tanteando el terreno con mi bastón, para ver si había alguien en tierra, cuando aquella mujer se puso a aullar como una loca.

—Describa aquel gemido. Es decir, el que lanzó Girrot al morir.

—¿Qué?…

—Quiero decir que hay gemidos que son palabras. Palabras reprimidas. Si el que escuchó fue un gemido de esa clase, dígalo.

El ciego pareció recordar. Sus facciones se tensaron, mientras hundía la cabeza como para mejor concentrarse en sí mismo. Unió las manos sobre sus rodillas y estuvo así un largo, un interminable minuto, mientras su mente parecía trabajar a una presión desconocida para los dos hombres que le contemplaban.

Por fin susurró:

—Quizá sí. Quizá aquel gemido era una palabra reprimida.

—¿Cuál? ¡Recuérdelo!

El ciego sonrió débilmente.

—¿Creen que una palabra, o quizá un pedazo de palabra, puede servirles de algo?

—Incluso una ráfaga de viento podría servirnos en este caso. ¡Hable, Bertier, de una maldita vez! ¡Hable!

Bertier susurró:

—La palabra, o más bien el pedazo de palabra, fue «Pía».

—¿«Pía»?

—Eso es.

Larkey y Gibert se miraron con una mueca de incomprensión.

—Me temo que eso no signifique gran cosa.

—Después de todo, es lo razonable —dijo suavemente el ciego

—. No se pueden pedir milagros. Yo sólo llegué a oír ese pedazo de palabra, e imaginen si me pareció insignificante que ni siquiera lo había retenido en la memoria. He tenido que hacer un verdadero esfuerzo para recordarlo. He tenido que situarme otra vez en aquel lugar. Pero, por descontado, sé que la sílaba «Pía», por si sola, no significa nada. Siento no poder ayudarles con algo más importante.

—Puede significar una exclamación de miedo —sugirió Larkey —. Uno, cuando está asustado de veras, dice cualquier cosa que tiene en el subconsciente. O puede ser parte de una palabra más completa. Por ejemplo «placaje», que es un término usado en *rugby*.

«Placaje» es sujetar y derribar al jugador contrario. Quizá el hombre que mató a Girrot sabía hacer eso.

—Es posible… —afirmó pensativamente Gibert.

—También puede significar «plaza», refiriéndose a un lugar determinado. O «plazo», si él debía al asesino algo a pagar en determinado tiempo. O parte de un nombre. Hay cien mil tíos cuyo apellido empieza por la sílaba «Pla». Sólo con eso no lograremos nada.

El ciego susurró:

—Siento no poder ayudarles más.

—Usted ha hecho todo lo posible —murmuró Gibert—. No se puede pedir más a un ciego. ¿Y sabe qué se me acaba de ocurrir, Bertier? Su vida corre peligro.

Bertier rió de una manera desganada y torpe.

—¿Yo peligro? ¿Por qué?

—El asesino debió verle también. Puede saber que le hemos citado; es decir, se lo imaginará enseguida. Y puede suponer que nos ha dicho algo importante, algo que ayude a identificarlo. Él no sabe que es ciego.

Otra vez Bertier rió desganadamente.

—No sé quién es el asesino, pero no puede ser un tonto. Tuvo que darse cuenta por fuerza de que soy ciego. Es más, cuando cometió el crimen a tan poca distancia era porque ya antes se había asegurado de ese extremo. Sabía que yo no significaba ningún peligro.

—Es lógico —reconoció Gibert.

—Por tanto no quiero causarles molestias. No es necesario que me protejan.

—De todos modos lo haremos —decidió Gibert—. Por lo menos en los primeros momentos. Quiero saber si alguien le sigue o le acecha. No sería justo que por ayudarnos corriese algún peligro.

—¿No será más bien que quiere emplearme como cebo? —preguntó recelosamente Bertier—. ¿Pretenden cazar al asesino si éste comete la tontería de seguirme?

Gibert se mordió el labio inferior. El ciego no era tonto.

—Puede que tenga usted razón —musitó—. Pero reconozca que matamos dos pájaros de un tiro. Le protegemos a usted y cazamos al culpable.

—Podría oponerme a que me siguieran —dijo el ciego con energía—. No soy más que un vendedor de artículos usados en el Mercado de las Pulgas[1] y sólo aspiro a vivir en paz. Podría prohibirles que un policía se acercara a menos de diez pasos de mí, pero desgraciadamente no poseo ya el don de la vista. Yo gritaría en vano y ustedes harían lo que les pareciera. No puedo notar que un policía me sigue. Por tanto solo le ruego tenga en cuenta mi deseo de no ser molestado, inspector.

Gibert asintió lentamente con la cabeza, como si pensase que el otro podía verle.

—No se le molestará, Bertier; no se le molestará absolutamente para nada. Pero tenga en cuenta que al seguirle le protegemos. El asesino podría fácilmente repetir el golpe si le encontrase solo.

Bertier se puso en pie. Dentro del despacho parecía más alto, más fuerte. Era un gigante vestido, eso sí, como la gente de los barrios bajos de Londres que de vez en cuando aparece en las películas: Pantalones algo arrugados, americana de solapas lacias, camisa oscura y gorra. Sus facciones parecían talladas en granito.

—Espere —susurró Gibert.

Movió una palanquita de su dictáfono y pidió:

—Que venga Jacoud.

Jacoud apareció momentos después. Era un tipo enorme, tan enorme como el ciego Bertier. Años antes había sido luchador, y la antigua profesión aún se le notaba en la musculatura y la dureza de las facciones. Sus ojos de perro dogo miraban a todas partes con desconfianza. Hasta un niño hubiera sido capaz de adivinar que Jacoud era un polizonte de los de mano dura y patada en el bajo vientre.

Contaría unos treinta y dos años. Vestía con cierta elegancia, con la salvedad de que un hombre demasiado fuerte nunca puede ser elegante del todo.

Jacoud preguntó:

—¿Qué hay?

—Usted acaba de regresar de sus vacaciones, ¿no, Jacoud? Incluso ha adelantado el regreso un poco. Pues ha tenido mala suerte.

—¿Yo?

—Se le compensará en su día el tiempo empleado, pero debe seguir a todas partes al hombre a quien tiene ante los ojos. Por el momento lo hará durante dos días, al cabo de los cuales rendirá informe. Este hombre es ciego y se llama Bertier; voy a decirle delante de él, para que no existan malentendidos, que no debe molestarle en absoluto. Que nunca se le acercará, bajo ningún pretexto, salvo si alguien le atacase. Y si eso sucediera, debe defenderlo con su vida, ¿entendido, Jacoud?

Jacoud cabeceó lentamente.

—Es fácil de entender. Si no le ocurre riada, le miro. Si le ocurre algo, me muevo y trinco al que sea. ¿No es así?

—Es usted un tipo inteligente, Jacoud.

El policía lanzó un gruñido ininteligible, y el ciego salió entonces de la habitación. Jacoud fue tras él, pero sin acercarse demasiado. Se convirtió en una especie de lejana sombra.

Larkey susurró:

—Llamarán la atención. Pocas veces se verá por París dos gigantes de esa categoría, uno tras otro.

Gibert encendió su pipa.

—Mientras no llamen la atención del asesino…

CAPÍTULO V

El asesino, mientras tanto, disponía su siguiente golpe. El asesino era un hombre metódico, frío, implacable, que preparaba sus actuaciones como un científico prepara sus experimentos. Y aquella misma noche puso bajo el cono de luz de una pantalla una lista que llevaba desde días antes, desde meses antes para ser más exactos.

La lista era un simple pedazo de papel plegado en cuatro dobleces y contenía los siguientes nombres:

GIRROT MARTIN LEFEVRE BERTIER

El nombre de Girrot, el primero, aparecía tachado por una raya horizontal en lápiz rojo.

Los demás continuaban intactos, con sus inmaculadas letras escritas a máquina.

El asesino sonrió.

Las cosas marchaban bien. Todo iba sucediendo conforme el plan previsto, de un modo metódico y rígido. Ninguno de los que debían morir escaparía a *su* muerte. Ninguno, ni el escurridizo Martin ni el miedoso Lefevre. Y mucho menos el ciego Bertier.

EL ciego Bertier era el más fácil, el más indicado para morir en primer lugar. Pero precisamente por no existir dificultades con él, el asesino lo guardaba para el último acto de la tragedia. Bertier no se daría cuenta de nada, no podría hacer nada, mientras que los otros resultaban más peligrosos y por tanto debían ser eliminados rápidamente.

El asesino tomó un lápiz.

Hizo una señal, un simple punto, en el segundo de aquellos nombres. En la palabra MARTIN.

Luego dobló la lista y la guardó junto con el lápiz, mientras reía suavemente. La suya era la risa suave y pausada de un hombre de negocios. Un hombre frío y astuto que sabe lo que quiere.

Se levantó, caminando pesadamente, y apagó el cono de luz para dejar la habitación a oscuras.

Luego salió a la calle, a mezclarse con la multitud bajo la hermosa noche de París.

CAPÍTULO VI

Bertier avanzó lentamente por el bulevar de Courcelles, poco concurrido a aquella hora, hasta llegar a la puerta de un almacén cuya cerradura tanteó, hasta poder introducir en ella una llave.

Debía ser la una de la madrugada, y los espectáculos públicos habían cesado más de una hora antes. No se veía apenas a nadie por aquella zona de la ciudad, pues el día siguiente era laborable, y París, más que una ciudad alegre, es esencialmente una ciudad trabajadora. La calma era casi absoluta.

Bertier siempre procuraba salir de casa a aquellas horas.

Abrió la puerta y penetró en él almacén. Éste era muy pequeño, pues primitivamente hubo allí un garaje particular en el cual sólo cabían dos coches. En ese lugar almacenaba Bertier todo lo que vendía en el «Mercado de las Pulgas». Se apilaban, pues, los objetos más raros, desde colchones viejos hasta tiendas de campaña usadas, pasando por gramófonos de cincuenta años atrás, montones de discos que ya nadie recordaba, sábanas robadas en los cuarteles durante la última guerra y viejas revistas galantes con dibujos de señoras apretándose el corsé.

Todo aquello despedía ese olor peculiar de las cosas viejas y abandonadas, olor que es una mezcla de humedad, de polvo y de defecaciones de animales inmundos. Bertier, no obstante, lo aspiró con placer. Estaba acostumbrado a aquel olor, que formaba parte de su mundo, y se sentía bien en él. Sólo al tacto ya podía conocer la distribución de todos los objetos.

Cerró la puerta tranquilamente, sin encender la luz.

A pesar de lo pequeño que era aquel lugar, constaba de dos piezas. Bertier, tiempo atrás, había hecho levantar un tabique, formando una segunda habitación, sólo ventilada por un ventanuco

que daba a una chimenea interior, donde tenía instalada una especie de oficina.

Pero no entró en ella. El teléfono, que era lo que le interesaba, estaba en la primera pieza, junto a la puerta. Palpó el disco y empezó a marcar, guiándose perfectamente por el tacto.

Tardaron en contestar, porque sin duda el hombre a quien llamaba dormía a aquellas horas.

Al fin una voz somnolienta preguntó:

—¿Queeeeé?

—¿Martin? —preguntó la voz de Bertier.

—¿Quién llama?

—Bertier.

—¿Tú?… ¿Y desde dónde me llamas?

—Desde mi almacén.

—¿Pero qué diablos haces deambulando por las calles a estas horas?

—Ya sabes que a los ciegos nos gusta la noche. Nos sentimos más seguros en ella, Pero no estoy ahora para hablar de mis gustos, Martin. Necesito que vengas.

—¿Ahora?…

—En seguida.

—No digas tonterías… No creo que sea nada importante, ocurra lo que ocurra. *No puede suceder nada importante*. De modo que déjame dormir.

—Es algo que te interesa muchísimo, Martin.

—Seguro que bromeas. Ahora estoy a bien con la policía y con todos. Me siento seguro. ¿Qué diablos puedes querer decirme? ¿Y no puedes hacerlo por teléfono y así nos ahorramos trabajo?

—¿Te has enterado de la muerte de Girrot?

—¿Queeeeé?

—¿Es que no lees los periódicos?

—Hace dos días que no leo nada. He estado de vacaciones fuera de la ciudad. ¿Y dices que Girrot ha muerto? ¿De qué? ¿Un accidente?

—Un asesinato.

La palabra pareció pesar en el hilo como si fuera algo sólido, y también pareció repercutir como un impacto en el cerebro del hombre que estaba al otro lado del cable.

—¿Un… asesinato?

—Sí. Y por eso necesito verte. Los dos corremos peligro, un peligro grave. Sobre todo yo. Mi almacén es el único sitio donde estaremos relativamente seguros. Necesito verte *ahora.*

Martin sopló algo ininteligible en su auricular. Luego dijo:

—Está bien. Sé de sobras dónde está tu maldito almacén. Ahora voy. Y colgó.

Bertier colgó también lentamente, mientras una mueca de preocupación cubría sus facciones.

Se sentó a esperar, hundido en las tinieblas, sin hacer el más leve movimiento. Daba incluso la sensación de que no respiraba.

Por fin, veinte minutos más tarde, se oyó el ruido de un coche que frenaba ante la puerta. Por casualidad había un espacio libre allí.

Alguien golpeó en la hoja de madera. Bertier abrió.

La figura de un hombre de mediana estatura, algo grueso, bien vestido, pero con barba del día anterior, se recortó en el umbral.

Martin tendría unos cuarenta años, pero podía decirse que estaba en la plenitud de su vigor. Tenía cara de perros por haberle hecho levantar de la cama a aquella hora.

—¿Qué haces ahí, a oscuras, como si estuvieses en tu propia tumba? —Gruñó—. ¿No enciendes la luz?

—No olvides que yo no la necesito.

—Pero los demás sí. ¡No me gusta estar a oscuras contigo! Tengo la sensación de que preparas una trampa. ¡Vamos, enciende la luz!

Bertier movió el interruptor que había a su izquierda, y la luz amarillenta de una bombilla de pocas bujías apenas disipó las tinieblas.

Martin entró, sacudió el polvo de una de las sillas y tomó asiento en ella, mirando a Bertier recelosamente.

—¿Es cierto lo de Girrot?

—Suponía que no me creerías, y suponía también que no habrías perdido tu fea costumbre de no leer jamás un periódico. Muy bien. Aquí tienes.

Extrajo un ejemplar de «Le Monde» que llevaba en el bolsillo de su americana. En una de las páginas interiores estaba la noticia del asesinato de Girrot. Martin lo leyó de un tirón, mientras una palidez cerúlea iba invadiendo poco a poco sus facciones.

—Entonces es cierto…

—¿Creías que te mentía?

—No, pero… pero la verdad es que tampoco podía creerlo.

—Ya has visto que no te engaño. Y ya has visto que los dos corremos un grave peligro.

—Es… inconcebible.

—No tanto. Si te detienes a pensar en ello, te darás cuenta de que aquí se ventila medio millón de dólares. Más o menos unos tres millones de francos nuevos, cifra con la cual yo viviría como un rey todo lo que me queda de vida. Otros pueden haber pensado lo mismo.

—Pero… ¡pero es que matándome a mí no se puede conseguir ese medio millón de dólares!

—Justo. Pero alguien puede pensar que los tienes en tu poder.

Martin pareció vacilar. Dio la sensación de que, de no estar sentado, hubiese caído a tierra.

—¿Tú lo crees, Bertier?

—¿Yo? Yo no lo creo. Claro que no. Y además: ¿qué clase de peligro puede venir de un ciego?

Martin se removió intranquilo.

—¿Sabes qué voy a hacer? Avisar a la policía.

—¿Y qué dirás?

—Ahora estoy bien con ellos. He cumplido condena dos veces, pero en este momento no tienen nada contra mí. Puedo pedir protección como un ciudadano cualquiera; y me la darán.

—Es razonable, Martin, pero ¿estás seguro de que la policía no te buscará complicaciones?

—¿Qué ibas a sugerirme tú?

—No sé… Por ejemplo que te largaras una temporada del país.

—Te tomas mucho interés por mí… —dijo Martin recelosamente.

—No creas. No soy del todo desinteresado. Si te he hecho venir y he hablado de ese asunto ha sido para pedirte un favor. Necesito una pequeña suma con la cual salir yo también del país.

—¿Tan asustado estás?

—No soy miedoso, Martin, pero siempre he sido una persona prudente. Además no olvides que estoy ciego. Resulto una víctima demasiado fácil.

—Si no necesitas mucho dinero puedo prestártelo. ¿A dónde irías?

—Me arreglaría con dos mil francos. Yo tengo unos pequeños ahorros también. Mi hija y yo estaríamos en Italia una temporada.

Martin le miró con un gesto de brusca atención.

—¡Ah! ¿Pero tienes una hija?

—¿Por qué te extraña? Nunca te había hablado demasiado de mí. Sabías, eso sí, que sostenía algún lío con mujeres. ¿Qué de extraño hay en que tenga una hija? Pero es muy joven. Dieciocho años solamente. Constituye para mí una preocupación y al mismo tiempo la única razón de mi vida.

Martin hizo un gesto ambiguo, no se supo bien si porque estaba conmovido o porque deseaba quitarse al ciego de encima.

—¿Dónde vive tu hija?

—Conmigo, en mi casa, pero no la cuida nadie. Tengo ganas de salir de París una temporada no sólo para evitar el peligro que corro, sino también para que mi hija pueda respirar aire puro de una vez.

—Lo comprendo. No te hará ninguna gracia morir sabiendo que la dejas desamparada.

—Cuando uno tiene familia, piensa las cosas de distinto modo —dijo lentamente el ciego—. Y cuando uno puede estar delante de un enemigo y no notarlo, se asusta fácilmente. Fíjate: cuando mataron a Girrot yo estaba a pocos metros. Seguramente el asesino me vio, y yo hubiera podido verle también en circunstancias normales. Pero sin embargo no me di cuenta de nada; pudo haberme matado a mí perfectamente. Pudo haberme estrangulado como estranguló a Girrot, dándome antes un golpe en la nuca para que no me defendiera. Cada vez que lo pienso siento como una corriente de frío en la espalda. Es necesario que me largue una temporada, Martin. Y para ti no son gran cosa dos mil francos.

—¿Cuándo podrás devolvérmelos?

—Dentro de un año. Te daré el seis por ciento de interés; sabes que a mi manera cumplo.

—Está bien; yo me largaré a Finlandia. Es el sitio más lejano que se me ocurre ahora, y se da la circunstancia de que tengo algún negocio allí. Oficialmente me dedico ahora a representaciones de papel, y no se me da mal, aunque aprovecho todos los asuntos que

se me presentan, como hacía antes. Estaré fuera un par de meses, hasta que baje la marea.

Martin, que ya parecía más tranquilo, extrajo un talonario de cheques de uno de los bolsillos de su americana.

Miró en torno suyo.

—¿Dos mil francos has dicho? ¿Y no hay en todo este maldito almacén un sitio donde pueda apoyarme para escribir?

—Debe haber una gran pila de revistas; puedes emplearlas. Claro que deben estar llenas de polvo. ¿Sabes? Yo no me doy cuenta de lo sucio que está todo esto. ¿Por qué no pasas a esa habitación de al lado? Ahí tengo una pequeña oficina con dos sillas y una mesa. Escribo a máquina al tacto; ya hace tiempo que me acostumbré a eso.

Martin se puso en pie.

—Está bien; será mejor que firme el talón ahí.

Entró en la otra habitación, abriendo la puerta. Pero, al instante, ésta se cerró de golpe.

Y en aquel pequeño recinto donde ni siquiera penetraba el aire, se escuchó un alarido inhumano.

CAPÍTULO VII

Los rumores de lucha fueron al principio muy violentos; la puerta retembló dos o tres veces, como si un cuerpo humano fuera brutalmente lanzado contra ella.

Se produjo un sonido gutural, como si alguien intentase gritar sin conseguirlo. Luego un estertor y un pataleo; alguien golpeaba inútilmente el suelo en los últimos espasmos de su agonía. Por fin el silencio más completo, más angustioso, se desplomó sobre el pequeño almacén.

Durante los tres minutos escasos en que alguien estuvo luchando al otro lado de la puerta, Bertier permaneció quieto, encogido sobre sí mismo, sin moverse de la silla. Al principio se había reflejado en sus facciones una brutal sorpresa, porque lo cierto era que él no sabía que alguien se encontraba al otro lado de la puerta. Pero poco a poco una especie de resignada tranquilidad se apoderó de él. Ya que lo inevitable había sucedido, era mejor dejar que las cosas siguieran su curso. Sería estúpido intentar mezclarse en la pelea de dos hombres a los que conocía perfectamente.

Uno de ellos era Martin. El otro…

Bertier aguardó en silencio, expectante, quieto, conteniendo incluso la respiración, hasta que todos los ruidos al otro lado de la puerta cesaron de un modo absoluto.

Luego se oyó una respiración jadeante. Alguien iba a abrir.

La puerta de madera fue empujada, y dos ojos quietos y duros se posaron sobre la figura de Bertier.

Un hombre alto, fuerte, un verdadero gigante, dejó recortar su figura en el umbral. Bertier lo conocía. ¡Claro que lo conocía! Incluso sin verlo.

Como lo había conocido desde el primer momento.

El hombre avanzó un paso, pero Bertier no se movió. Sus facciones seguían impasibles como las de una estatua.

—¿Por qué no pasas, Jacoud? —preguntó al fin.

Jacoud, el policía que Gibert había designado para proteger especialmente a Bertier, pasó del todo a la primera habitación y cerró la puerta a su espalda.

CAPÍTULO VIII

Jacoud parecía más grande, más fuerte, más temible que nunca. Sus facciones estaban un poco sudorosas a causa de la lucha sostenida en el interior de la pequeña habitación, y sus manos sufrían espasmos, como si aún estuvieran estrangulando al enemigo.

Tomó asiento donde Martin, su víctima, había estado sentado unos minutos antes, y advirtió:

—Más vale que no intentes ninguna jugada, Bertier. No sólo llevo un revólver, como tú ya sabes, sino que siempre seré el más rápido. Será mejor para ti que no me hagas demostrarte que tengo todas las ventajas.

Bertier apenas movió los labios.

—No intentaré nada; sería inútil.

—Es mejor así.

—¿Puedo… saber si Martin está muerto?

—Si quieres pasar a la habitación de al lado y palparlo, te convencerás. Lo he estrangulado.

La noticia no produjo ni siquiera una levísima crispación en las facciones de Bertier.

—No imaginaba que estuvieras ahí, acechando —susurró—. Eso era lo que menos esperaba en el mundo.

—¿Por qué? —rió Jacoud—. ¿No me encargó mi jefe que te acompañase a todas partes? ¿Y no sabes que yo siempre he sido un policía cumplidor celoso de su deber?

—Más valdría que, al menos, guardaras silencio, Jacoud.

—¿Silencio? ¿Por qué vamos a hacer comedia ahora tú y yo? ¿No nos conocemos bastante? Cuando tú no estabas ciego me habías tratado mucho. Y supongo que a pesar de no verme, apenas entré en el despacho del inspector Gibert supiste que era yo,

¿verdad?

—Lo supe desde el primer instante. Incluso antes de que él pronunciara tu nombre. Tú caminas de un modo que no se olvida, Jacoud. Y hueles de un modo especial.

—¿Ah, sí? ¿A qué huelo?

—A cerdo.

El insulto apenas produjo ningún efecto en Jacoud, quien por toda reacción lanzó una carcajada.

—Es inútil que intentes hacerme daño, Bertier. Con palabras no se mata. Yo puedo oler a cerdo, pero en todo caso será un cerdo rodeado de oro. Puedes imaginarte que voy detrás de medio millón de dólares.

Bertier movió lentamente los brazos.

—Yo no puedo ayudarte, Jacoud.

—Pero puedes perjudicarme.

—No digas tonterías…

—Tú también puedes perseguir ese medio millón de dólares. Bertier apretó los labios.

—¿Quiere eso decir que vas a hacerme seguir el mismo camino que Martin?

—Indudablemente, amigo mío, indudablemente —la voz de Jacoud se había vuelto casi cariñosa—. Todo llegara a su tiempo, aunque no puedo asegurarte; si te estrangularé o te enviaré una bala por la espalda. O de frente, ya que no puedes verme y no hay necesidad de que tome demasiadas precauciones contigo. Enviarte al infierno será una de las tareas más fáciles y más agradables que yo haya realizado jamás.

—¿Y por qué vas a esperar? ¿Por qué no me matas ahora y terminas de una maldita vez?

—Todo a su tiempo, amigo mío. Resulta curioso que tengas impaciencia hasta para morir. Dos crímenes en una noche podrían llamar demasiado la atención de la policía, y ésta llegaría a establecer relaciones entre una cosa y otra. Además yo soy el encargado de protegerte, y no acabaré contigo hasta que tenga la completa seguridad de que puedo esfumarme sin peligro.

Resultaba increíble aquella conversación, y los dos se daban cuenta de eso. Resultaba increíble que el asesino, después de dar otro de sus golpes, estuviera hablando tranquilamente con su futura

víctima, diciendo de qué modo la mataría. Los dos se daban cuenta de eso, pero al mismo tiempo sabían que aquella conversación no era un sueño; era algo espantosamente real.

Algo que terminaría en el depósito de cadáveres y en las páginas de sucesos de los periódicos.

Bertier susurró:

—¿No has pensado que te conviene matarme cuanto antes? ¿No se te ha ocurrido que yo podría delatarte?

—No lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro? Jacoud lanzó una nueva carcajada.

—Lo curioso es que no lo sé… No lo sé, muchacho, pero estoy seguro de ello. Podrías haberme denunciado hace años, cuando yo, siendo un miembro de la policía, os ayudaba en vuestras maquinaciones y era el brazo derecho del jefe. Por cierto… ¡pobre jefe!… muerto por la policía en el expreso de París cuando estaba a punto de embolsarse medio millón de dólares. Bueno, ¿a qué pensar en él? Yo sólo puedo decir que me dio mucha pena el que le clavaran once balazos… Si no me delataste entonces, Bertier, sé que no lo harás ahora.

—No olvides que entonces tú nos ayudabas en nuestro trabajo. ¿Por qué iba a delatarte? En cambio ahora quieres asesinarme.

—Eso podrías haberlo imaginado ya cuando Gibert me hizo entrar en su despacho y me ordenó que te protegiera. ¿O no lo adivinabas?

—Desde luego; no soy tan tonto. Supe desde el primer momento que eras tú, y supe además que sólo tú habías matado a Girrot.

—Pues no se te notó en la cara; no tuviste ni un parpadeo. ¿Por qué no hablaste entonces? Tan en tus manos como me tuviste en aquel momento no volverás a tenerme jamás. Te bastaba decir una palabra, hacer un gesto para que Gibert oprimiera los timbres de su mesa llamando a los gendarmes de guardia. Yo no hubiera podido hacerte nada. Hubiese tenido que poner cara de idiota y defenderme con palabras… No, Bertier, perdiste tu gran ocasión… Pero desde ese momento me estoy preguntando por qué perdiste esa gran ocasión, por qué no me delataste si sabías quién era.

Bertier susurró:

—No lo hice; eso es todo.

—¿Por qué?

—Eso no te importa.

—Puede importarme, Bertier, puesto que de ello depende tu vida.

Bertier susurró con cansancio:

—No espero que eso te mueva a compasión ni cambie tu conducta, pero debes saber que tengo una hija. Es lo único que me liga a este mundo.

—¿Una hija? No lo sabía.

—No lo sabía nadie. Una conversación muy parecida la hemos tenido hace unos minutos con Martin. A nadie le importaba si yo tenía una hija o dejaba de tenerla. Por eso nunca he hablado de ella.

—¿Y a causa de esa hija no vas a delatarme? Al contrario, te convendría hacerlo…

—Denunciarte sin pruebas es muy arriesgado, Jacoud, y yo sé que pruebas no las tendré nunca. No estarías detenido ni siquiera dos días, y a continuación mi muerte y la de mi hija sería tan segura como que el día viene detrás de la noche. Prefiero intentar algo más seguro, Jacoud: Escapar.

—¿Escapar?

—Martin iba a firmarme un talón de dos mil francos nuevos cuando tú lo has matado.

Jacoud lanzó otra carcajada, una carcajada gutural que hizo mover su ya voluminoso vientre.

—¿Y crees que yo te dejaré escapar? ¿Crees que podrás hacerlo?

—Ahora piensas que no, pero es muy posible que lo hagas —susurró Bertier—. Cuando yo esté fuera te darás cuenta de que no significo ningún peligro, de que no deseo luchar contra ti. Puede que entonces te des cuenta de que te conviene más dejarme vivo.

—Eres un estúpido, Bertier. Te creía más inteligente y astuto. Debieras saber que cuando uno tiene medio millón de, dólares piensa disfrutarlos en paz, sin dejar enemigos a su espalda. ¡Y matar a un ciego es tan fácil! ¿Piensas que vas a salvarte cuando haya acabado con Lefevre?

—Tú lo has dicho, Jacoud: matar a un ciego es fácil. Por eso he de jugar mi única carta, que es hacerte comprender que no corres ningún peligro. Si esa carta sirve para algo o no, aún ha de verse. Pero yo no te denunciaré, Jacoud. Lo único que deseo es vivir en

paz.

Jacoud se puso en pie. La situación, precisamente por ser tan inesperada, parecía divertirle. Lo único que le molestaba era aquel aire, fétido del almacén: olor a moho, a polvo de años y años y a nidos de rata.

—No estoy a gusto aquí —dijo—. Esto puede ser bueno para un vendedor del «Mercado de las Pulgas», pero no para un policía. ¿Me ayudas a sacar el cadáver de Martin? Si tan bien dispuesto estás hacia mí, si quieres convencerme alguna vez de que he de dejarte vivo, no me negarás tu colaboración, simpático Bertier. No tienes más remedio que ser buen chico.

Bertier se levantó de su asiento.

Era un auténtico gigante, un coloso, más aún que Jacoud. Pero Jacoud sabía que representaba un juguete en sus manos. Que acabaría con él cuando le pareciese.

—Entra conmigo ahí.

Bertier se movía en aquel ambiente con tanta perfección como si pudiera ver los objetos. Supo desde el primer instante dónde estaba el cadáver de Martin, y se inclinó hacia él.

—¿Qué quieres que hagamos?

—El coche de Martin está junto a la puerta, ¿no? Antes he oído el ruido del motor.

—Imagino que sí. Yo también he oído lo mismo.

—Pues lo cargaremos entre los dos, llevándolo como si fuera un borracho, y luego lo despeñaremos al Sena. Cualquier sitio puede ser bueno, a unos veinte o treinta kilómetros de París, yendo hacia Le Havre.

—¿Y tú automóvil?

—¿Crees que soy tonto? Un automóvil liga y compromete más que un traje color encamado. Hay demasiada gente que se fija en él. Esta noche le he dejado en el garaje.

Bertier no protestó.

Tomó a Martin por debajo de las axilas, levantándolo sin esfuerzo, a pesar de que Martin estaba bastante grueso en el momento de morir. La fuerza que debía tener Bertier era extraordinaria.

Jacoud le ayudó. Entre los dos sacaron el cadáver medio arrastrándolo, como si fuera un borracho.

—Espera.

Jacoud miró a un lado y otro. Se convenció de que no pasaba nadie por la calle.

—¡Al coche!

Martin fue introducido en su lujoso automóvil. Poco podía haber imaginado, cuando lo sacó aquella noche, que le serviría para su último viaje. Jacoud se puso al volante y condujo sin prisa. Bertier iba con él, y detrás estaba Martin sentado y con la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo, exactamente como un beodo.

Rodaron a poca velocidad hasta el norte, saliendo de París. Nadie les molestó. Nadie se fijó especialmente en aquel coche.

Cuando estaban a unos treinta kilómetros, y en una de las suaves curvas del Sena, que en esa zona es ya un río muy tranquilo y perezoso, Jacoud detuvo el automóvil, aunque dejando el motor en marcha.

—¿No tienes miedo? —preguntó burlonamente a Bertier—. ¿No piensas que ahora podría enviarte al río a ti también?

—Mientras no tengas la huida bien asegurada, no harás nada contra mí —susurró Bertier—. De momento tienes que seguir con tu papel de policía honrado. Por ese lado estoy tranquilo, Jacoud.

Jacoud lanzó otra carcajada. Parecía muy divertido esa noche.

—Baja.

Bertier obedeció. Entre los dos empujaron silenciosamente el coche, hasta dejarlo al borde de un pequeño desnivel sobre el río, al cual lo despeñaron. El automóvil produjo un chapoteo antes de hundirse completamente. Luego los envolvió el silencio.

—Hecho —gruñó Jacoud.

Y sé frotó las manos pacíficamente.

CAPÍTULO IX

La grúa extrajo lentamente el automóvil, que había quedado medio empotrado en la enorme masa del fango de las profundidades del ríe. Los hombres que presenciaban la operación alzaron la vista, siguiendo el movimiento de los garfios, hasta que el vehículo fue depositado blandamente en tierra.

Gibert sabía ya lo que iba a encontrar allí. Y Larkey, que le acompañaba, también lo daba por descontado.

El cadáver estaba ahora de bruces sobre el respaldo del asiento delantero, y no había sido dañado por el agua. A causa de estar puertas y ventanillas herméticamente cerradas, el líquido no había podido entrar en el interior del coche, que aparecía casi intacto.

Gibert miró a través de la ventanilla posterior izquierda.

Había pedido venir desde el cercano París al conocer aquella noticia de un automóvil hundido en el Sena durante la noche. Noticia que había relacionado con la denuncia presentada a las pocas horas por desaparición de un individuo llamado Martín, quien tenía una copiosa ficha en los archivos de la Policía Judicial.

Gruñó:

—Lo que me imaginaba. Es Martin. Larkey, a su lado, dijo:

—Lo conocía.

—¿Había actuado también en los Estados Unidos?

—Oh, por supuesto que sí. Esta clase de tipos tienen por campo de operaciones el mundo entero.

Un gendarme se acercó.

—¿Podemos sacarlo, señor?

—Sí, háganlo. Y que se acerque la ambulancia para meter directamente el cadáver.

¿Está el técnico en huellas?

—Desde luego.

—Que espolvoree con polvos de aluminio el volante y los interiores. Quizá encontremos algo.

—En seguida, señor.

En torno al coche se produjo enseguida esa actividad mitad siniestra mitad indiferente con que se llevan adelante las investigaciones en los hallazgos de esa clase. Los técnicos en huellas se pusieron a trabajar; un motorista pidió por radio una ambulancia; los técnicos en automóviles se pusieron a examinar el vehículo para comprobar cuánto tiempo llevaba en el agua; los fotógrafos de la policía hicieron relumbrar sus *flashes* al tomar diversas vistas del coche y el cadáver; los expertos en neumáticos cribaban la zona buscando huellas de llantas, para tratar de seguir el viaje del vehículo antes de que diera su última sacudida.

Todo esto en un ambiente gris, opresivo, y con las turbias aguas del río como único telón de fondo.

Los de la grúa se pusieron a fumar un cigarrillo; eran los únicos que, en realidad, habían terminado su tarea.

Larkey estaba mirando el coche. Sus ojos se empequeñecieron durante unos segundos al decir:

—He estado pensando en aquella extraña sílaba qué pronunció Girrot antes de morir.

La sílaba «Pla».

—¿Y qué? ¿Has dado con más palabritas? Hicimos una buena lista el otro día, ¿no?

—He dado con una palabra más. Una tan sólo, pero muy importante.

—¿Cuál es?

—Placa.

Gibert lanzó una carcajada.

—¡Qué tontería! «Placa» puede ser placa de matrícula, placa de un anuncio, placa de…

Con un suave movimiento, Larkey extrajo la suya. Es decir, su placa. La que llevaba las siglas del
F. B. I.

—… Placa de policía —terminó. Gibert tensó sus facciones.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es imposible que a ese hombre le matara precisamente un

policía?

—¡Eso es absurdo suponerlo!

—¿No pudo ser por error?

—¡Ni por error siquiera! Además, la forma de acabar con Girrot no concuerda. Ni concuerda tampoco cómo han liquidado a Martin, suponiendo que el asesino fuera el mismo. Imaginar que el autor de todo esto pueda ser un policía, es lo más absurdo que has pensado en tu vida, Larkey.

—No te irrites. No he querido ofender a ninguno de tus hombres, pero es una posibilidad que debes tener en cuenta. Al fin y al cabo la sílaba «Pla» significa algo.

—¡Puede significar docenas de cosas! ¡Incluso no sabemos en qué idioma la empleó Girrot antes de morir! No olvides que Girrot era una especie de apátrida, un tipo que había vivido en medio mundo. Si no conocía seis idiomas, no conocía ninguno.

—Eso es cierto. Lo malo de este asunto, Gibert, es que hay demasiadas cosas que pueden ser ciertas, y la verdad es sólo una. Estamos más desorientados que antes de empezar.

—¿«Estamos»? ¿Es que te consideras ligado a este asunto? Larkey esbozó una sonrisa.

—He prolongado mi estancia en París solo por esa causa, Gibert. No sabría explicártelo, pero la cuestión me apasiona. Dejaré de conocer muchas cosas de Francia sólo por conocer al asesino de Girrot y de Martin… si llego a verlo algún día.

En aquel momento una figura alta, pesada, maciza, descendió la suave y fangosa pendiente que llevaba hasta el río. Visto a cierta distancia, Jacoud daba la sensación de una torre en movimiento.

¿Qué fuerza sería capaz de desarrollar aquel hombre? —se preguntó Larkey—. Sin duda una fuerza gigantesca, casi sobrehumana. Muchos campeones de «catch» no tenían la figura de Jacoud. Larkey sólo recordaba en ese momento a un hombre con una figura parecida a la suya, y ese hombre era Bertier. Pero Bertier estaba ciego.

Jacoud se detuvo ante ellos. Saludó a Gibert.

—¿Me ha mandado llamar, señor?

—Sí. ¿Quiere mirar un momento lo que hay en el interior de ese coche? Acabamos de sacarlo del río.

Jacoud palideció un momento, pensando si Gibert —cuyo

cerebro trabajaba a veces con una rapidez diabólica— no habría visto alguna relación entre él y aquel crimen. Pero si por un instante llegó a ponerse nervioso, eso no se lo notó en absoluto.

Se acercó al coche y miró.

* * *

—Es Martin, señor —dijo al cabo de unos segundos. —O, mejor dicho, lo que queda de Martin.

—Yo he imaginado desde el primer momento lo que íbamos a encontrar aquí —dijo Gibert pensativamente—. Se presentó anoche una denuncia por desaparición de ese tipo, y al mismo tiempo otra de alguien que había visto un coche hundirse en el Sena. No hacía falta ser un lince para ver la relación que quizá existía entre las dos cosas. Ésa es la razón de que le haya hecho llamar enseguida, Jacoud.

—Le escucho, señor.

—Vamos algo más lejos. Tener ese muerto ante las narices me pone nervioso.

Se alejaron unos pasos, siguiendo la mansa corriente del río. La niebla se iba espesando en torno a ellos, y la mañana se hacía más y más triste. Los tres hombres se distinguían apenas como esas figuras borrosas que aparecen a veces en las películas de horror.

Larkey y Gibert, por lo menos, tenían esa sensación.

Claro que la hubieran tenido mucho más caso de saber que el hombre que estaba junto a ellos era precisamente el asesino. Pero distaban mucho de imaginar eso.

Gibert explicó:

—Sé lo suficiente de las vidas de Girrot y de Martin para hacerme una idea de cuáles han sido las causas de su muerte. Esos dos hombres estaban ligados a una organización que transportaba drogas desde los puertos de Oriente Medio hasta Marsella. Todo el mundo conoce que Marsella es el punto de introducción de la mercancía, que luego se traslada en parte a París y en parte se reembarca para los puertos americanos. Pero no todo el mundo sabe que los policías vigilamos con cien ojos y que ya es casi imposible introducir un kilo de mandanga y asegurarlo en tierra firme. Creo que los buenos tiempos del contrabando han pasado ya, o al menos

sé que cada día se va haciendo más difícil.

—Pero Martin y Girrot estaban en una organización, ¿no?

—Justo. Su jefe se llamaba Poulsen.

Larkey se llevó una mano al mentón, acariciándolo suavemente.

—¿Poulsen? ¿No fue ése el hombre que murió hace algún tiempo en el expreso Marsella-París?

—Justo, ése. Le clavaron once balas desde una ventanilla, cuando se acababa de arrojar del tren.

—Lo recuerdo.

—Pues bien, ése era el tipo que tenía por enlaces en París a Girrot y a Martin. También sospecho que Bertier podía tener algo que ver con él, pero no es coy absolutamente seguro. La orden era cazar vivo a Poulsen, pero un gendarme se precipitó, y a causa de eso no pudimos tener una información que nos pudo haber resultado vital. De todos modos hay un hecho evidente: Poulsen no llevaba nada encima.

Larkey arrugó el entrecejo.

—¿Qué puede significar eso?

—Que la mercancía estaba en algún otro sitio. No sé dónde, pero si él hizo el viaje de Marsella a París, con el riesgo que eso significaba en aquellos momentos, fue porque tenía algo que entregar a sus enlaces. ¿Qué? ¿Dónde? Eso es lo que ignoramos. Sin embargo lo extraño, casi enloquecedor, es que los enlaces van muriendo.

—Según esa tesis, ya han sido pringados dos de ellos —dijo brutalmente Jacoud.

—¿Usted cree que la muerte de Poulsen puede tener que ver algo con esto? —preguntó Gibert, mirándole.

—Yo diría que sí.

—¿Cree que Bertier puede tener algo que ver con esa red de distribución de drogas? Ahora Jacoud vaciló.

—No estoy tan seguro, puesto que no conozco lo suficiente a Bertier. Pero imaginemos que sí. Imaginemos que el tío está metido hasta el cuello en ese asunto de la mandanga.

¿Qué?

—Que su vida corre grave peligro, y al mismo tiempo es nuestra única esperanza de obtener información —declaró Gilbert—. Por tanto le he llamado para que no le quite ojo de encima, Jacoud. Su

trabajo, que al principio pudo parecer rutinario, se ha transformado ahora en algo extremadamente grave.

—¿Pero no dijo que no molestara al fulano ése, que no me acercase demasiado a él?

—Tal como están las cosas, debe aguantarse si le molestamos. Usted péguese a Bertier como una lapa; le convierto en responsable de su seguridad, Jacoud. Nadie debe poder tocarle ni una uña, ¿entiende? ¡Ni una uña!

Jacoud miró su reloj.

—Por lo pronto lo que ha conseguido, señor, es que haya tenido que abandonar la vigilancia. ¿No podía darme esas órdenes por teléfono o por radio en lugar de hacerme venir aquí?

—No tardará ni una hora en llegar a París, Jacoud. Pero ya he tomado mis medidas.

Antes de llamarle hice que le relevara el agente Signoret. Bertier sigue bajo vigilancia.

Jacoud sintió que por un momento se le cortaba la respiración, pero tampoco eso se reflejó en su rostro.

¿Por qué tenían que meter en aquel asunto a Signoret? ¿Y si Signoret se enteraba de algo? ¿Y si Bertier, que sin duda notaría que era seguido, le pedía ayuda?

Todos estos pensamientos pasaron como un rayo por la mente de Jacoud, pero ni la más pequeña alteración se dejó traslucir en su rostro de piedra.

—Por lo que veo, interesa que vuelva cuanto antes a mi trabajo, señor —dijo roncamente.

—Hágalo. Pero he querido que se diera cuenta de la situación usted mismo, Jacoud. No crea que es otra la razón de que le haya hecho llamar. Después de ver el cadáver de Martin, usted se ha dado cuenta de que la misión que le asigno tiene la mayor importancia. Sé que no fallará.

—No pensaba fallar, señor.

Los pensamientos seguían atropellándose en la mente de Jacoud. «Debo aterrorizar a Bertier desde el primer momento… Debo impedir que se le ocurra solicitar ayuda… Lo mejor será averiguar dónde tiene escondida a su maldita hija… Sí… En cuanto lo sepa, él estará por completo en mis manos… Esa hija es su único cariño… Hará cualquier cosa, lo que yo le mande, con tal de que ella no

corra peligro…».

Pero si el cráneo de Jacoud era un volcán en ebullición, su rostro seguía impasible.

—Regresaré enseguida a París —dijo—. Por cierto, ¿hay alguna huella con relación a lo de Martin? ¿Se sabe quién…?

—Ninguna huella por ahora.

Jacoud exhaló un, suspiro casi inaudible. Pareció un suspiro de cansancio, y quizá en cierto modo lo fue.

—Hasta la vista, señor.

—Suerte. Y recuerde lo que le he dicho: A Bertier no debe ocurrirle nada. Su vida depende de usted.

Jacoud sonrió extrañamente.

—Sí, señor. Depende de mí, exclusivamente de mí. Usted no se equivoca nunca, señor.

Buenos días, señor.

Y se alejó silenciosamente, mientras la niebla se iba espesando más y convirtiendo a los hombres en extrañas siluetas de una vieja película de fantasmas.

CAPÍTULO X

La niebla también envolvía, en París, las calles limítrofes del Sena. Hacia el mediodía, la atmósfera estaba pesada, sucia y gris. No había apenas turistas en la torre Eiffel, porque a partir del primer piso resultaba imposible distinguir nada desde la gigantesca estructura metálica.

El hombre que caminaba guiándose por medio de su basten de ciego, parecía sentirse más a gusto en un día así.

Quizá notaba que ya no era tanta la diferencia entre él y los otros seres humanos. Quizá se sentía más libre entre aquella atmósfera cargada y que presagiaba las sombras de la noche. Lo cierto es que Bertier parecía caminar con mucha más rapidez que antes. Su cuerpo gigantesco daba la sensación de ser más joven y más ágil.

Pasó justo por uno de los flancos de la Torre, dirigiéndose hacia la Escuela Militar.

Pero antes de llegar a ella, torció como si fuese a dirigirse a los Inválidos.

Allí se detuvo. Su cabeza giró lentamente, como si olfateara algo que estaba en el aire. Sus ojos sin vida terminaron posándose al fin sobre una determinada casa, situada a la derecha.

Jacoud, convertido en su sombra, se detuvo a unos pasos de él y le contempló en silencio.

Era evidente que Bertier no veía la casa, *pero sabía dónde estaba*. Es decir, aquél era un lugar conocido para él.

Jacoud también pareció olfatear el aire.

¿De qué recordaba él aquel sitio? Era de algo relacionado con la muerte de Girrot, pero no podía precisarlo. ¿Qué diablos se había dicho en la policía y que tuviera relación con aquella casa? Jacoud

cerró un momento los ojos, para concentrarse, y de pronto lo recordó. Sí, claro… ¿Cómo no lo había pensado en el primer momento? Allí vivía «Muñeca», la prima de Girrot. Allí vivía alguien a quien tal vez convendría hacer una visita…

De pronto Bertier se movió.

Su bastón tanteó el suelo, buscando el camino a seguir. Colocándose junto al bordillo de la acera, esperó a que alguien le tomase del brazo para ayudarle a pasar.

Jacoud pudo haberlo hecho, puesto que estaba apenas a ocho pasos, pero no se movió.

Sin duda Bertier suponía que estaba tras él, pero no podía estar seguro. Y convenía que se mantuviese durante mucho tiempo en aquella inseguridad.

Una muchacha ayudó a pasar a Bertier. Lo dejó al otro lado de la calzada, mientras Jacoud aguardaba a que pasase la riada de coches.

Bertier no se le escapó, porque no podía caminar demasiado aprisa. Era fácil aquella víctima, era tan fácil que a Jacoud le daba en determinados momentos un poco de risa. En cualquier calle oscura podía apuñalarlo, podía golpearle en la nuca hasta que muriese, podía seguirlo con su automóvil y arrollarlo cuando pusiese un pie en la calzada.

Pero por el momento no interesaba hacer nada de eso. No. Bertier tenía qué vivir hasta que él terminase con Lefevre.

Claro que, para tenerlo completamente dominado, convenía saber dónde estaba su hija.

El camino se prolongó durante casi media hora. Luego, Bertier tomó el «metro», como si fuera un transeúnte normal, y descendió en la estación de Tullerías. Desde allí fue andando a lo largo de la rué Rivoli en dirección al barrio de Saint Antoine. Sin duda tenía ganas de pasear, porque el «metro» podía haberle dejado bastante más allá. Pero de un modo u otro Jacoud le siguió sin perderle de vista. Cuando le vio entrar en la rué de Chátelet, supo que estaba cerca de su objetivo.

En efecto, Bertier entró en una casa de la vieja calle, y ascendió por las pesadas escaleras hasta el piso principal. Una vez allí, extrayendo una llave, abrió la única puerta que había en aquel rellano.

Jacoud, encogido como un topo, procurando no hacer crujir las viejas escaleras, le siguió silenciosamente.

Cuando Bertier hubo desaparecido tras la puerta, Jacoud se acercó a ella y pegó el oído. Oyó ruido de pasos y luego la inconfundible voz de Bertier, que llegaba con cierta claridad:

—¿Quieres que te ayude, hija mía? ¿Estás cansada? Una voz femenina, lenta y amarga, contestó:

—No, papá, gracias. Toma, te he preparado un poco de café.

Jacoud se pasó la lengua por los labios resecos, mientras sus ojos chispeaban. Ya sabía lo que le intensaba, ya sabía algo que pondría a Bertier definitivamente en sus manos.

El refugio de su hija estaba descubierto.

CAPÍTULO XI

Larkey parpadeó al verla.

La había conocido en el cementerio, cuando ella llevaba la muñeca. Le había parecido entonces una mujer muy bonita.

Pero nunca imaginó que, vista muy de cerca, resultara así.

Porque la figura de «Muñeca», recortándose en el umbral de su puerta, resultaba la de una mujer enloquecedora, la de una mujer fantástica, la de una mujer de narices.

Llevaba puesto un bikini. Sólo eso.

No es frecuente que a uno le abra la puerta una mujer vestida solamente con una miniatura de bañador, pero a pesar de eso Larkey apenas se fijó en el cuerpo. Se fijó en la cara, que era inocente, pura y lasciva a la vez. Se fijó en los ojos que le miraban extrañados, como haciéndole una pregunta.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se ha quedado ahí de muestra? ¿Es que nunca ha visto una mujer en bikini?

—Como usted no.

—Pues es posible que si compra el «Jours de France», tenga mi foto por sólo medio franco. Me estoy probando este bikini porque seguramente me fotografiarán con él para anunciar los modelos de baño de la temporada. Vamos, entre; voy a coger frío aquí parada.

Larkey entró. El apartamiento era pequeño, pero olía a intimidad. La temperatura era agradable, y a través de las ventanas penetraba el sol suave del atardecer.

Ella se sentó en un diván y cruzó las piernas, mientras su pecho subía y bajaba de un modo obsesionante, al compás de la respiración.

—Usted es el que ha llamado antes por teléfono, ¿no?

—Justo. Me llamo Larkey.

—¿Made in
U. S. A.?

—Sí, pero le aseguro que no tengo la culpa.

—Quizá por eso está en Europa. Vamos a ver, desembuche. ¿Para qué quería hablarme? —De pronto se enderezó—. Oiga: ¿no nos hemos visto antes en algún otro sitio?

—En el cementerio, cuando enterraron a su sobrina.

«Muñeca» hizo un mohín.

—No me gustan los cementerios. Creí que había sido en algún sitio más alegre.

—Hasta un entierro puede ser una buena cosa con tal de conocerla a usted, «Muñeca».

—Me sorprende que los yanquis también sepan decir galanterías pasadas de moda.

Pero no perdamos tiempo. Hala, desembuche. ¿A qué ha venido aquí?

—Ante todo debo decirle que no vengo en misión oficial. Contésteme sólo si le parece bien. No tengo derecho a exigirle nada.

—¡Oh, por supuesto! Y lo que usted me exigirá, tampoco se lo pienso dar. Dispare.

—¿Por qué la llaman «Muñeca»?

—¿Y yo qué sé? Algunos chiflados se acostumbraron a llamarme así. Debía parecerles guapa, o quizá me aplicaron ese apodo a ver si dejaba que me metieran en una cajita y me llevaran para adornar su apartamiento. El caso es que me llaman así desde que comencé a aparecer en las fotos publicitarias.

—Perece un juego de palabras, pero ¿por qué usted, que se llama «Muñeca», llevaba una muñeca al cementerio?

—Porque era el juguete preferido de la pobre niña. Me hubiese gustado que lo conservara incluso después del fin.

—¿Quién se la regaló? ¿Usted?

—No. Fue Girrot.

—¿Girrot? ¿No encuentra extraño que un hombre como él se preocupara de regalar una muñeca a una niña?

—No tiene nada de particular. Él era muy cariñoso.

—¿Por qué impidió que usted hiciera enterrar aquella muñeca junto con la pobre niña?

—¿Cómo puedo decírselo? A su modo, Girrot era un

sentimental. Quizá pensó guardarla como recuerdo.

—¿Y dónde está la muñeca ahora?

Ella hizo un suave mohín, mientras descruzaba y volvía a cruzar las piernas. El movimiento fue tan obsesionante que dio la sensación de que hasta el sol guiñaba un ojo.

—¿Cómo puedo saberlo? Estará en la habitación de Girrot, supongo. Él tenía un cuartucho alquilado no sé dónde.

—No estaba allí.

—¿Y yo qué puedo decirle? Tal vez la vendió antes de morir; o la empeñó. A lo mejor hasta le dieron dos francos por ella. ¿Han visto si había alguna papeleta de empeños en los bolsillos del pobre Girrot?

—No había nada. Es decir, los bolsillos de su primo habían sido vaciados cuidadosamente.

Ella alzó la cabeza, y por unos momentos cerró los ojos. Su garganta se mostró desnuda y obsesionante bajo la mirada de Larkey. Éste pensó en los anuncios publicitarios, pensó en todo lo demás, y tragó saliva.

Al fin ella abrió los ojos de nuevo.

—Eso significa que no lo mataron por casualidad. Significa que buscaban algo.

—Estoy seguro de que los crímenes casuales no existen, «Muñeca».

—¿Pero qué podían buscar en el pobre Girrot? En los últimos tiempos él tenía muy poco dinero. ¿Qué era lo que podía interesarles?

—La única cosa que para él parecía tener valor era la muñeca. Estoy seguro de que era eso lo que buscaban.

—Pero él no podía llevarla encima… La muñeca abultaba mucho y pesaba bastante.

Tenía una base de plomo para que se sostuviese en pie.

—Claro que él no la llevaba encima… Pero, matando a Girrot, suponían dónde encontrarla. O, al menos, eliminaban un enemigo.

—¿Es que cree que esa muñeca… puede tener tanta importancia?

—La policía judicial no lo ha pensado aún, pero yo sí. Y estoy seguro de que piso buen camino.

Ella se puso repentinamente en pie. Paseó un momento por la

estancia, sin querer darse cuenta de que estaba en bikini y de que todo su cuerpo era una escultura viviente. Larkey sintió la presencia de la mujer clavada de un modo obsesionante en sus nervios, en su carne. La habitación entera, el sol tibio de la tarde, todo estaba impregnado de la presencia de «Muñeca». Prefirió volver la cabeza y no mirarla.

Ella se detuvo. Sus ojos le escrutaron.

—¿Piensa si yo sé algo? —preguntó.

—Usted tenía la muñeca cuando él se la arrebató Es posible que, a causa de ello, sepa alguna cosa.

—Pues siento no poder ayudarle, hermano. Incluso, si no hubiera un muerto de por medio, la situación me parecería ridícula. ¿Cree que es lógico estar dando vueltas en torno al juguete de una niña? ¿Piensa que eso ha de llevarle a alguna parte?

—No lo sé.

—Al menos tiene franqueza. Reconoce que está más despistado que un pulpo dentro de un garaje.

—Lo estoy. Reconozco que camino a ciegas, pero al mismo tiempo estoy seguro de que doy vueltas a un sitio donde se halla la verdad. No es un presentimiento, sino una deducción lógica. Todo ha empezado girando en torno a una muñeca y es natural que todo termine también ahí. Algún día descubriremos qué es lo que hay detrás de todo esto.

Ella susurró:

—¿Ha pensado que puede ser una casualidad? ¿Se ha dado cuenta de que quizá la muñeca no tenga nada que ver con este asunto?

—Lo he pensado cien veces.

—¿Y qué?

—Lo peor es que tiene usted razón: Que puede ser una condenada casualidad. Se puso en pie y fue hacia la puerta. Sus ojos evitaban mirar a la muchacha.

—¿Se va?

—Sí. Todo lo que podía averiguar ya está averiguado. Y no me atrevo a seguir mirándola.

Ella lanzó una carcajada pastosa, incitante, que hizo palpitar las curvas de su maravilloso cuerpo.

—¿Tímido? —susurró.

—No. Desesperado.

La tenía cerca, y la oprimió por un brazo. Sintió su carne dura, tibia, penetrar entre sus dedos. Sintió todo su cuerpo tensarse, su busto erguirse, y entonces algo se rompió en él. Notó que sus labios la besaban, la torturaban, la castigaban en una loca caricia. Cuando la soltó, «Muñeca» estaba pálida.

—¿Por qué? —jadeó—. ¿Por qué?

Demasiado se daba cuenta de que el beso de Larkey no era un capricho. De que obedecía a una causa dolorosa y profunda.

—¿Por qué? —repitió.

—Yo iba a casarme con ella —susurró Larkey—. También era joven y bonita, también posaba para las agencias de publicidad. Acabó siendo una zorra.

—¿Y qué? —insistió «Muñeca», con las facciones tensas.

—La mataron. Yo hube de vengarla.

Larkey, mientras salía, cerró lentamente la puerta.

Capítulo XII

«Muñeca» estaba cansada al caer la noche. No sólo había tenido que posar con el bikini, teniendo a su espalda un fondo que representaba una hermosa playa de Miami (¡nada menos que Miami, donde ella no estaría nunca!) sino que además habían venido a buscarla urgentemente porque un fabricante de medias de Burdeos necesitaba una modelo para lanzar una nueva marca en París. Después de las fotos, el fabricante en cuestión había querido invitarla a cenar. «Muñeca» estaba cansada de decir que no, de decir que no a todo y a todos.

Nada más engañoso que ésas, al parecer, fáciles poses publicitarias. Cada una tiene que ser ensayada, modificada, retocada cien veces. «¿No te das cuenta de que así te tapas la pierna izquierda?». «¿Qué estás anunciando, medias o churros?». «Date cuenta de que la pose ha de tener un poco de picardía, mujer. El anuncio va dirigido a las señoras, pero también han de mirarlo los maridos…».

Después de casi cinco horas de permanecer bajo los focos, soportando un calor asfixiante, «Muñeca» sólo tenía ganas de tenderse en algún sitio, de dormir, de olvidarse de todo…

Se desnudó rápidamente, poniéndose a continuación un pijama ligero, y se introdujo en la cama apagando seguidamente la luz.

Quiso dormir, pero sus pensamientos no la obedecieron. Aquellos pensamientos la llevaban, sin que ella lo pretendiese, junto al hombre que la había besado aquella tarde, el hombre que había estado a punto de casarse con una mujer parecida a ella. ¿Pero, por qué había hablado de la muñeca? ¿Qué tenía que ver la muñeca con la muerte de su primo Girrot?

Al fin cerró los ojos.

El sueño, un sueño blando y lejano, la iba venciendo, y pocos instantes después la habitación y sus sombras dejaban de existir para ella.

Por eso no se dio cuenta de que una de aquellas sombras se movía. No llegó a ver que la sombra, se hacía ancha, que tomaba poco a poco dimensiones humanas.

Aquella sombra había estado largo rato inmóvil en el pequeño balcón, pegada a la fachada, procurando que no la iluminasen los faros de los coches al tomar la curva.

Cuando «Muñeca» llegó, después de su trabajo de aquella tarde, la sombra ya estaba allí. Unos ojos fríos y duros la habían seguido gesto a gesto mientras se desnudaba, mientras repasaba un poco sus cabellos ante el tocador, mientras se vestía el fino pijama que dejaba transparentar sus formas.

Pero no había ansia ni deseo en aquellos ojos, sino más bien una fría decisión de matar.

Jacoud empujó la doble puerta del balconcillo, que cedió sin hacer el menor ruido. Vio a la muchacha dormida. Sus ojos escrutaron la habitación detalle por detalle.

Sus manos, enguantadas para no dejar huellas, se acercaron suavemente a la garganta femenina.

Llegaron a rozar su piel. Jacoud contuvo la respiración.

Siempre le ocurría lo mismo al ir a matar. Necesitaba concentrarse, necesitaba tener todos los sentidos alerta como el que va a llevar a cabo una ceremonia solemne. Apretó los labios y pensó que «Muñeca» podía significar un peligro, que podía haber recibido algún último, mensaje de su primo Girrot. Era necesario no correr ningún riesgo y terminar cuanto antes con ella.

Y era tan fácil…

Sus dedos se cerraron sobre la garganta femenina. Apretaron.

«Muñeca» creyó al principio que era un sueño, pero sus ojos se dilataron de horror al sentir que la respiración le era cortada bruscamente. Lanzó un grito, llevó mecánicamente las manos hacia arriba y tropezó con los fuertes brazos del hombre.

Otro grito ronco, agónico, partió de su garganta al darse cuenta de que iba a morir, al notar que no podía mover ni un milímetro las manos de hierro que la estrangulaban.

—Dios mío… —gimió—, Dios mío…

El grito se repitió, pero ahora fue apenas un estertor porque no le quedaban fuerzas. Jacoud apretó un poco más, sabiamente, sabiendo que en el próximo impulso rompería con facilidad las vértebras.

Jacoud sentía clavados en él los ojos dilatados de la muchacha, pero sabía que ella no podía verle. No sólo porque estaba ya al borde del desvanecimiento, sino también porque su rostro quedaba hundido entre las sombras. Además, ¿qué importaba que le viese? Ella iba a morir…

Dio el impulso definitivo, el que había de romper el cuello de la muchacha, y en aquel momento la puerta de la habitación fue empujada brutalmente desde fuera.

Pero la hoja de madera no cedió al primer impulso.

Jacoud lanzó una maldición, y soltando a la muchacha fue a colocarse a un lado de la puerta. Alguien volvió a empujarla salvajemente desde el exterior y la derribó como si la hubiese azotado un huracán. Una figura masculina pasó al interior de la habitación, lanzada por su propio impulso.

Jacoud contuvo un alarido de rabia al reconocer a Larkey. ¡Aquel maldito Larkey, aquel entrometido que no tenía ni que estar en París! Levantó la mano derecha y la descargó bestialmente sobre la nuca del intruso, conectándole un golpe capaz de matar a un toro. Larkey salió despedido hacia el otro lado de la habitación, donde su cabeza chocó contra una de las paredes.

Cayó a tierra.

Jacoud se aproximó con las manos entreabiertas, dispuesto a estrangularle. Estaba seguro de que su enemigo no podría ofrecer resistencia.

Pero si pensaba eso estaba equivocado. Cuando se inclinaba sobre él, Larkey movió una pierna y se la clavó en el vientre.

Jacoud lanzó un gemido de dolor, mientras retrocedía de un salto. Fallada la sorpresa, lo más importante era que Larkey no le reconociese. Levantó sin esfuerzo una butaca, desde la zona de sombras en que se encontraba, y la estrelló contra la cabeza del americano.

No empleó su pistola porque era la reglamentaria de la policía, y las balas hubieran sido una pista demasiado clara. Larkey tampoco la empleó porque precisamente su enemigo no hacía uso de ella, y

él nunca jugaba con ventaja. Cuando la butaca casi se partió en dos sobre su cabeza, Larkey quedó pegado al suelo, pero aún se arrastró hacia su enemigo.

Un nuevo salto de Jacoud le situó más allá de la puerta, en el pasillo penumbroso. Estaba seguro de que Larkey no había podido reconocerle. Corrió como un bólido hacia las escaleras.

Larkey fue a seguirle, pero un leve gemido de «Muñeca» le hizo comprender que lo más urgente era prestar ayuda a la muchacha.

Lanzó una maldición en voz baja y fue gateando hasta el lecho, mientras su boca se llenaba de un espeso sabor a sangre.

Le habían atizado bien, pero aún estaba vivo.

Se inclinó sobre «Muñeca» y vio que ella respiraba afanosamente.

CAPÍTULO XIII

Lefevre descendió por el bulevar de Atenas, llegó a la Cannebiére, cerca del puerto de Marsella, y buscó con los ojos el rótulo de la tienda. Al principio no lo encontró, pero siguió buscando porque sabía que debía ser una tienda muy modesta, cuyo anuncio apenas llamaría la atención.

La vio al fin.

El letrero, pintado en letras amarillas sobre fondo azul, decía: «Transportes y Consignaciones Rodin. Comunicaciones diarias con París y los Departamentos del Norte de Francia».

A pesar del largo texto, el letrero ocupaba poco espacio porque la letra era pequeña y apretada.

Lefevre entró.

Era un tipo alto, huesudo, desgarbado y ágil. Parecía un jugador de baloncesto, pero lo cierto era que no había tocado una pelota jamás. Lo que Lefevre era realmente hubieran podido decirlo muchas personas que vivían en Saigón, o que trabajaban en los fumaderos de opio de
Hong-Kong,
o que tenían sus despachos de distribución de drogas camuflados bajo placas de empresas honorables en el mismísimo Riverside Drive neoyorquino.

Los músculos de hierro de Lefevre se marcaban bajo la tela liviana de su traje, y sus pupilas aceradas miraban en todas direcciones con recelo, como si sospechara que en cualquier momento podía atacarle alguien.

La tienda era pequeña y olía a cartón sucio, a papel de embalaje y a paja, como suelen oler casi todos los establecimientos de transportistas del tundo.

Un tipo que hablaba con un fuerte acento provenzal preguntó:
—¿Qué desea?
—Vengo a recoger algo que enviaron para mí.
—¿Un paquete?
—Sí, un paquete.
El tipo que hablaba con acento provenzal buscó en un enorme libro.
—¿Quién era el remitente?
—Un tal Girrot. Lo envió desde París.
—Déjeme ver.
El empleado consultó las últimas hojas y luego señaló un nombre con el dedo. Levantó la cabeza para mirar a Lefevre.
—¿Usted no es el propio señor Girrot, verdad?
—No. ¿Por qué?
—Es que el paquete venía consignado a su nombre. Es decir, se lo envió a sí mismo, desde París a Marsella. Lo extraño es que no haya venido a recogerlo aún.
Lefevre sabía por qué. Lefevre sabía que Girrot estaba sepultado ya en uno de los cementerios de París. Pero el paquete seguía allí, y él tenía que conseguirlo de alguna manera.
Para una persona normal puede que aquello no valiera nada, pero para él significaba medio millón de dólares.
—Es que yo tengo autorización del señor Girrot para retirar su paquete —dijo, procurando que su voz sonara natural.
—¿La lleva aquí?
—No, claro. Me dijo simplemente que pasara a recogerlo. Yo les firmaré el recibo para que ustedes queden tranquilos.
—Es que…
—¿Cómo iba a saber yo que el paquete estaba aquí si no me lo hubiera dicho el propio señor Girrot? —argumentó Lefevre.
El razonamiento convenció sólo en parte al tipo del acento provenzal, quien arqueó una ceja.
—Debería hablar con el dueño, con el propio señor Rodin —murmuró—. Si quiere volver más tarde…
—¿Pero el paquete está aquí? Quiero tener la seguridad.
—Sí, claro… Ha de estar. Es el número 107.
El empleado buscó y regresó al cabo de unos instantes con un bulto rectangular, cuidadosamente envuelto y lacrado, que puso en

manos de Lefevre.

Éste lo palpó como si palpara ya el medio millón, de dólares. Al menos pesaba tres kilos. ¿Sospecharía aquel tipo lo que podía valer aquel paquete? ¿Llegaría a imaginarlo jamás?

Durante unos segundos, los ojos de Lefevre brillaron metálicamente. Los que le conocían se hubieran dado cuenta enseguida de que aquél era un brillo homicida, un brillo casi de maníaco asesino.

¿Qué le costaría liquidar a aquel hombre? ¿No podría buscar una excusa para que le acompañara al fondo de la tienda y acogotarle allí? ¿Quién se daría cuenta?

La expresión de sus ojos se hizo normal.

Pero decidió al fin que no convenía precipitarse.

El conocía a Rodin, el dueño del establecimiento. En los buenos tiempos, cuando trabajaba en unión de Martin, Girrot y Jacoud, hacían algunos transportes de «mercancía» por medio de aquella agencia, a fin de que no les detuvieran con mandanga encima, si la policía les echaba el guante. En cuanto hablase con Rodin, él le daría el paquete sin ninguna duda.

Vaha la pena, pues, volver más tarde y llevárselo sin dejar ningún muerto a su espalda.

Lentamente, como si aquel paquete que valía una fortuna se hubiera pegado a sus dedos, Lefevre lo dejó sobre el mostrador.

—¿A qué hora vuelvo? —preguntó.

—A las cinco.

—Está bien, gracias.

Lefevre salió y estuvo deambulando por la Cannebiére y mirando las fotos de algunos *cabarets* donde se anunciaban espectáculos de *strip-tease*. Pero aún era demasiado temprano para entrar en cualquiera de ellos. Pensó que lo mejor que podía hacer sería sentarse en un café a esperar.

A esperar tranquilamente medio millón de dólares.

Volvió al bulevar de Atenas y se sentó allí. Lefevre se sentía extraordinariamente plácido, extraordinariamente feliz en esta tarde que iba a ser una de las más productivas de su vida. Encendió un cigarrillo y miró en torno suyo.

Fue entonces cuando sus facciones se tensaron. Porque sólo entonces vio al hombre que se sentaba cerca de él, al hombre que

sin duda le había estado siguiendo durante todo aquel tiempo.

Jacoud.

Jacoud parecía más alto, más gigantesco que nunca, y sus ojos eran más duros, metálicos y crueles que en cualquier otro momento de su vida.

Le estaba mirando.

Sonrió, pero resultó peor aún. Porque la sonrisa de Jacoud fue como la de la propia muerte.

Lefevre tragó saliva. Sabía perfectamente que Jacoud también estaba enterado de que en otro tiempo habían empleado los servicios de Rodin para el transporte de la mercancía. Era lógico suponer que si Girrot no llevaba el paquete habría encargado del transporte a Rodin. Y lo mismo que había supuesto él, motivando su viaje a Marsella, lo habría supuesto también Jacoud.

O sea que los dos debían estar allí por el mismo motivo. Los dos iban a enfrentarse a muerte.

Lefevre sintió que sus labios temblaban. Era extraño, pero no podía dominar las reacciones de su cuerpo; en este momento su cuerpo incluso parecía pertenecer a otro. Cuando el camarero se acercaba se puso en pie.

—¿No desea tomar nada?

—No, gracias; perdone… Esperaba una visita, pero ahora me acuerdo de que nos hemos citado en otro sitio.

Salió de la terraza.

Jacoud se puso en pie también, con la lentitud de una máquina, y se dispuso a seguirle.

Ni siquiera intentaba disimular.

Lefevre maldijo por no haber llevado un revólver. Cualquier cosa, incluso un tiroteo en plena calle, hubiera sido mejor que aquella situación. Pero esta tarde no iba armado precisamente porque no esperaba encontrarse con ningún enemigo.

Y ahora Jacoud estaba allí.

Jacoud era el peor de todos, el peor del grupo.

¿No sería él quien, valiéndose de su cargo de policía, se las habría arreglado para denunciar al jefe? La encerrona que le prepararon al jefe en el expreso de París, y que le costó la vida, aún no estaba nada Clara. ¿Y Martin y Girrot? ¿Quién los había liquidado a los dos? ¿No bastaba con pensar dos minutos para darse

cuenta de la horrible verdad?

Había tenido que ser Jacoud; Jacoud precisamente. El mismo que ahora le seguía paso a paso por el bulevar de Atenas.

Lefevre sintió que unas gotitas de sudor comenzaban a perlar su frente.

Se vio a sí mismo ascendiendo por el bulevar, camino de las grandes escaleras que llevaban a la estación del ferrocarril. Febrilmente pensó en algún sitio para ocultarse, un sitio donde Jacoud no pudiera seguirle. ¿La propia estación tal vez? ¿O quizá un poco más allá? ¿Por qué no probar a esconderse entre los centenares de vagones que esperaban en las vías muertas?

Lefevre aceleró el paso instintivamente. No necesitó volverse para saber que Jacoud lo aceleraba también.

¿Pero se atrevería Jacoud a matarlo allí, en plena calle?

De pronto tuvo una idea que le erizó hasta los cabellos de la nuca.

Jacoud era policía. Podía detenerle con cualquier pretexto y liquidarle donde a él le conviniese. Estaba en condiciones óptimas para realizar el crimen.

Lefevre casi echó a correr.

Oyó los pasos de Jacoud a su espalda. El bulevar de Atenas estaba lleno de ruidos, bullía de animación, pero él sólo escuchaba aquellos pasos obsesionantes a su espalda.

¿Y si llamara a otro policía? ¿Y si…?

Pero no. Él no era un chiquillo. Necesitaba pensar con la cabeza, tener serenidad. Un solo fallo lo echaría todo a perder.

Subió las escaleras, desde cuya altura se dominaba toda la perspectiva del bulevar, y fingió que entraba en la estación. Pero dio una vuelta y se dio cuenta de que Jacoud iba tras él. Sus pocas dudas se disiparon. Entró al fin en la estación y se mezcló entre la gente que aguardaba turno entre las taquillas. Treta inútil, porque Jacoud no le perdió de vista un instante. Luego compró unos periódicos y volvió a salir.

Jacoud fue tras él.

Ahora el sudor ya inundaba la cara de Lefevre, pero al menos se había trazado un plan. Siguió la larga valla que separaba las vías muertas de la calle. Durante casi un kilómetro anduvo oyendo los pasos a su espalda. Al fin, en un momento en que no le veía nadie

excepto su perseguidor, Lefevre se colgó con ambas manos de la valla, tomó impulso… ¡y saltó!

Los pitidos de las locomotoras que hacían maniobra se escuchaban como venidos de otro mundo entre el mar de vías muertas. Centenares y centenares de vagones de carga se alineaban en ellas, en espera de ser enganchados. Un laberinto fabuloso se extendía ante los ojos de Lefevre, quien se dijo que nunca pudo haber soñado un sitio mejor para escapar a la persecución de otro hombre.

Saltó ágilmente entre las vías, se perdió en mitad de los vagones y volvió a oír los pasos de Jacoud.

¿Es que aquel tipo era el diablo? ¿Es que no se libraría nunca de él?

Vio una máquina que avanzaba. Lefevre contuvo la respiración y se dijo que, si saltaba justo un instante antes de que la máquina pasara, Jacoud no podría seguirle. Entonces él se perdería entre los vagones del otro lado.

La locomotora se acercaba envuelta en vapor. Su aullido pareció hacer estremecer la tarde.

Lefevre sintió como si se le paralizase el corazón. Fue a saltar…

Y en aquel momento el puño se abatió sobre su nuca como una maza de hierro. Los ojos de Lefevre saltaron de sus órbitas. Lanzó un grito inhumano cuando su salto quedó cortado en la mitad y su cuerpo se desplomó sobre la vía.

Al ser partido aquel cuerpo en dos, la sangre de Lefevre saltó hacia las ruedas de la máquina.

CAPÍTULO XIV

Bertier tomaba pacíficamente el sol en uno de los bancos del final de la Cannebiére. Sus ojos sin luz estaban clavados en las manos que mantenía quietas sobre las rodillas. No hizo un solo movimiento cuando notó que los pasos del hombre se detenían ante él.

—¿Jacoud? —susurró.

Jacoud se sentó en el banco, junto a él y encendió un cigarrillo. Su mano no temblaba.

—Asunto terminado —dijo.

—¿Has… has acabado con él?

—Lo que queda de su cuerpo cabría en la cartera de un escolar —dijo tranquilamente Jacoud.

—¿Dónde lo has dejado?

—En las vías muertas de la estación. El mismo se metió allí. No podía imaginar que el muy imbécil diera tantas facilidades.

El cuerpo de Bertier tuvo un estremecimiento.

Más alto que Jacoud, más fuerte que él incluso, un verdadero coloso, temblaba, sin embargo, ante aquella situación increíble.

Jacoud le estaba hablando tranquilamente de su crimen en una de las calles más concurridas del mundo. Le diría luego, seguramente, que ahora le tocaba a él.

Pero Jacoud le palmeó amigablemente en la espalda.

—Me has hecho un gran favor, Bertier —dijo con suavidad—. Viniendo a Marsella, yo he tenido un pretexto para seguirte, porque no podía moverme de París si no te movías tú.

—Si he venido aquí ha sido porque tú me lo ordenaste —susurró Bertier—. Porque no me quedaba otro remedio.

—Justo… —sonrió Jacoud—. ¡Qué inteligente eres, muchacho!

Naturalmente que no te quedaba otro remedio. Sabes que ahora conozco el escondite de tu hija. Sabes que en caso de desobediencia no hubiera tenido compasión…

Y lanzó una ronca carcajada, mientras sus fosas nasales despedían una larga columna de humo.

Definitivamente, se sentía feliz.

CAPÍTULO XV

«Muñeca» abrió los ojos y vio frente a ellos una pared muy blanca, en la cual la luz del sol formaba caprichosos dibujos.

Palpó con los dedos en torno suyo y notó que estaba en una cama a la cual no se encontraba habituada; es decir, no era su cama. Los barrotes de ésta eran de metal, y además resultaba más alta e incómoda que la suya.

Asombrada, miró en torno.

Fue entonces cuando vio a aquel hombre, al americano. AI principio no recordó exactamente cómo se llamaba, pero al fin su memoria se fue aclarando. Aquel americano era un agente del
F. B. I.
y se llamaba Larkey. Era, por otra parte, el que le había salvado la vida.

«Muñeca» consiguió sonreír débilmente.

—¿Dónde estoy?

—En un hospital; no se preocupe, nos encontramos muy cerca de su casa.

—¿Pero por qué un hospital? ¿Qué me ha ocurrido?

—Sufrió un «*shock*» nervioso muy intenso, y los médicos pensaron que sería mejor tenerla en observación.

Ella volvió a mirar en torno suyo. Se dio cuenta de que la luz del sol caía muy oblicuamente, de modo que debía estar atardeciendo.

—¿Ya ha pasado casi medio día? —susurró.

—Se equivoca. Día y medio.

«Muñeca» tuvo un sobresalto. Estuvo a punto de saltar de la cama de un brinco, pero se dio cuenta de que no tenía fuerzas.

—¿Día y medio? ¿O sea que *aquello* ocurrió anteanoche? ¿Y cómo he estado yo aquí?

—Hubo que administrarle unos calmantes. No crea, incluso se le hizo un masaje bastante doloroso en el cuello, porque tenía dos vértebras a punto de dislocarse. La consecuencia es que ha estado día y medio sin abrir los ojos, pero pienso que ha sido mejor así. Yo no he permanecido a su lado todo el tiempo; he estado viendo unas exposiciones de escultura y modelado.

Ella se incorporó levemente, apoyándose sobre un codo. Vio que vestía aún sus mismas ropas de noche. Sin duda la habían llevado allí desde el dormitorio donde estuvo a punto de ser asesinada.

—¿Puedo fumar? —preguntó bruscamente.

—Sí.

—Dame un cigarrillo.

Había pasado a tutearle como si no se diera cuenta de ello. Pero Larkey supo que sí que se había dado cuenta. Que lo hacía con toda intención.

—¿Por qué quieres parecer lo que no eres? —susurró, mientras le ponía un cigarrillo en los labios—. ¿Por qué ése interés en parecer una mujer fácil?

—Puede que lo sea.

—No, no lo eres.

Ella exhaló una lenta bocanada de humo, mientras apoyaba tristemente la cabeza en los barrotes de la cama.

—Desde que tenía quince años, una cantidad increíble de hombres serios me han estado diciendo que yo podía ser rica —musitó.

—Y no les has hecho caso.

—¿Tú qué sabes?

—No, no les has hecho caso. Pero no quieres que un hombre se enamore de ti, y yo menos que *nadie.*

—Detesto dar explicaciones. Detesto que un día puedan preguntarme qué era lo que hacía mientras era modelo publicitaria. ¿Y tú? —Se volvió bruscamente hacia él—. ¿No dijiste que tu novia era una zorra?

—La hicieron una zorra, que no es lo mismo.

—¿Quién?

Larkey hizo con la mano un gesto ambiguo, pero sus ojos eran duros y fríos como el metal.

—En los Estados Unidos la trata de blancas es uno de los

negocios más importantes que existen —susurró—. Las muchachas son reclutadas muchas veces en las escuelas de danza y en las agencias de fotos para publicidad. A algunas que no quieren, se las obliga. Ellen era de las que no querían, y acabaron matándola.

—¿Y… el que la mató?

—Yo le regalé un ataúd —susurró Larkey—. Fue una muerte cara, infiernos. Necesité gastar seis plomos con él, porque el fulano se resistía a morir. Jamás he hecho un despilfarro semejante.

Clavó en «Muñeca» sus ojos quietos y profundos y susurró:

—Esto es distinto, pero no quisiera qué tú te vieras en la misma situación. No sé por qué, pero no lo quisiera.

—¿Por eso me salvaste la vida? ¿Es que has llegado a tener algún interés por mí? Antes de que él contestara, añadió:

—Si es así, lárgate de París cuanto antes. Si de verdad llegaras a sentir algo por mí, rabiarías cada vez que vieses una de mis viejas fotos en las revistas. Lárgate de París y piensa en otra cosa. Anda, hazlo. Olvídame como olvidarás este cigarrillo apagado.

Lo aplastó contra el mármol de la mesilla, donde no había cenicero alguno. Larkey susurró:

—Prefiero olvidarte viva que muerta.

—¿Quién ara aquel hombre? —musitó ella, abordando la cuestión en que hasta entonces no se había atrevido a entrar—. ¿Pudiste reconocerlo?

—No.

—¿No tienes ni idea de quién podía ser?

—Apenas le vi unos segundos, porque la primera noticia que tuve de él fue el golpe en la nuca. Eso hunde de tal modo los sentidos de un hombre que no es extraño que apenas vea nada. Yo estaba vigilando tu apartamiento porque sabía que corrías peligro, y al oír tus quejidos entré. Creí que lograría cazar al asesino, pero logró escapar.

—Al menos conseguiste algo. Conseguiste salvarme la vida.

—Sí —dijo Larkey pesarosamente, mientras se ponía en pie—. Fue lo único.

—¿Por qué estás triste? ¿Querías cazar a ese hombre fuese como fuese?

—Quería evitar que pudiera repetir su golpe. Y ahora sé que lo repetirá.

—¿Pero por qué? ¿Qué tengo yo que ver con eso? Si es algo relacionado con mi primo Girrot, ¿por qué he de verme envuelta? ¡Apenas había hablado unas pocas veces con él!

¿Qué relación tengo yo con sus asuntos?

Larkey llegó hasta la ventana, por la que entraba el sol oblicuo de la tarde, y musitó:

—Tu primo Girrot formaba parte de una banda de traficantes de drogas. ¿Sabes tú lo que puede valer un saquito de cocaína pura, ya lista para consumir? ¿Has llegado a imaginar alguna vez los intereses fabulosos que ese negocio representa?

—No… Nunca me he preocupado por una cosa así.

—¿Sabes que cada vez es más difícil introducir la droga en Francia, sobre todo la droga refinada?

—No. ¿Cómo voy a saberlo?

—He estado haciendo algunas averiguaciones —dijo Larkey, mientras volvía lentamente al centro de la habitación—. Tu primo Girrot consiguió pasar en Marsella algo que valía una fortuna. No sé cuánto, pero puedo calcularlo a ojo por el bulto que hacía. Quizá medio millón de dólares.

—¿Medio millón?

—Más o menos.

—¿Y cómo sabes tú el bulto que hacía? ¿Es que has visto alguna vez lo que pasó Girrot?

—No, pero tenía que estar dentro de la muñeca.

Ella alzó el rostro, mientras su garganta sufría una crispación.

—¿Aquella… muñeca?

—Sí. He sabido que cuando Girrot desembarcó en Marsella se la regaló a una niña que iba en el mismo buque. Como es lógico, la niña la llevaba en sus brazos, a pesar de su considerable peso, y pasó por la Aduana sin ninguna dificultad. Luego Girrot no tuvo ningún escrúpulo en arrebatársela. ¿Cómo iba a tenerlo? Se la entregó a su jefe, y éste vino a París.

—¿Con la muñeca?

—No. Sin ella. Un tipo con una muñeca hubiera llamado la atención, sobre todo estando vigilado. Pero el caso es que el jefe fue abatido en el trayecto de Marsella a París, y la muñeca llegó a la capital por medio de alguna agencia de transportes cuyo nombre ignoro. Girrot se dio cuenta de que disponía de medio millón de

dólares. Consiguió apoderarse de la muñeca y, para ocultarla de momento, se la regaló a su sobrina. Imagínate su susto al ver que tú la llevabas al cementerio. Entonces decidió no perder más tiempo, facturó la muñeca para Marsella y él se dispuso a partir también. Tenía billete cuando lo mataron; también he podido saber eso.

—¿Por qué quería irse a Marsella?

—Porque allí podía vender la mercancía igualmente pero a otra red de distribución desconocida para los restantes miembros de la banda, que así no se enterarían de que había volado la mercancía.

—Entonces el que la mató era… tenía que ser uno de los traficantes…

—Sin duda.

«Muñeca» se retorció las manos, mientras un rictus de angustia asomaba a sus labios.

—¿Pero quién? —susurró—. ¿Quién?

—Eso es lo que no sé aún, muchacha, pero todos los que formaban esa banda han ido muriendo: Girrot, Martin, Lefevre… Lefevre acaba de ser asesinado en Marsella. Lo ha comunicado un cable de la policía.

Larkey añadió roncamente:

—Ahora sólo queda Bertier, pero por fortuna ése está bien protegido…

CAPÍTULO XVI

Jacoud encendió un cigarrillo, mientras miraba pensativamente la muñeca, o mejor dicho lo que quedaba de ella. La había destrozado ya, partiéndola en dos pedazos, y el saquito con la cocaína refinada estaba junto a los restos. Bien colocado en la red de agentes que él conocía, aquel género podía valer medio millón de dólares.

Y ahora ya no tenía rivales que pudieran disputarle el negocio. Ahora sólo quedaba Bertier, pero eliminar a Bertier resultaría una de las tareas más sencillas y deliciosas del mundo.

Cerró el armario, se acercó a la ventana y a través de ella vio pasar al hombre a quien tenía que proteger.

Por orden de sus superiores había alquilado una habitación en un hotel modesto, justo enfrente de donde vivía Bertier, lo que le permitía vigilarlo casi durante el día y la noche. Jacoud, dando un ejemplo de celo que maravillaba a sus superiores, no consentía que nadie le ayudase en esa pesada tarea.

Como todos los días a la misma hora, vio salir a Bertier. Sabía a dónde iba.

Ahora ya no existía ningún secreto entre los dos. Ahora podían hablarse claramente. Bertier iba a ver a su hija.

Jacoud arrojó el cigarrillo encendido a través de la ventana abierta y se encaminó hacia la puerta de la habitación.

La hija de Bertier viviría poco.

El haría un trabajo fino. El haría que los enterrasen a los dos en la misma fecha.

* * *

Sabía perfectamente el camino que iba, a seguir Bertier, y sabía también que él andaba muy despacio. Eso le permitía tomarse las cosas con calma.

Desde un teléfono público, donde no corría el peligro de estar intervenido, llamó a Briand, uno de los traficantes de la red.

Briand estaba en su despacho, que oficialmente se dedicaba a importar rodamientos a bolas. Contestó enseguida.

—¿Es que tienes algo?

—Medio millón.

—¿Seguro?

—Lo verás antes de pagar un céntimo.

—Eso por descontado, porque ya no pienso fiarme de nadie. Lo comprobaré yo personalmente.

—Sabes que nunca te he engañado.

—Antes trabajabas por cuenta de otros. Ahora no sé.

—Repito que no pagarás nada hasta haber visto la mercancía y haberla comprobado. Pero costará medio millón.

—Es caro.

—Tú sabes que distribuyéndolo en bolsitas y vendiéndolo en el área del dólar, doblarás esa cantidad.

No soy novato en el negocio.

—No dispongo de esa suma. Necesitaré al menos dos socios que compartan el riesgo de la operación.

—Búscalos, pero sólo dos. Y quede bien entendido que no veré a nadie ni nadie me verá a mí.

Que sólo trataré contigo.

—De acuerdo. ¿Qué plazo me concedes?

—Hasta esta noche a las diez.

—Es poco.

Jacoud recalcó firmemente:

—Hasta esta noche a las diez.

Notó la vacilación al otro lado del hilo, pero al fin la voz de Briand dijo:

—Está bien, acepto. ¿Dónde nos veremos?

—En el *bateaux-mouche*[2] que sale justamente a esa hora. Yo llevaré la mercancía. La examinarás y me pagarás allí mismo.

—No podrá ser en dólares.

—Ni tampoco en francos franceses; no admito moneda del país.

Óyeme bien, hay cuatro monedas que considero seguras en este momento: el marco alemán, el dólar, el peso mejicano y el rublo. Puedes pagarme en cualquiera de las cuatro, pero recuerda que quiero el pago al contado y en efectivo. Nada de talones, ni aunque sean girados contra un Banco extranjero.

—No te preocupes; cumpliré.

—Entonces no volveré a ponerme en contacto contigo. Recuerda: más tarde de las diez habrás perdido tu oportunidad. Si no estás allí a la hora de partida del buque, yo marcharé solo.

—Jacoud…

—¿Qué?

—¿Lo tuyo tiene algo que ver con la muerte de…? Jacoud no le dejó terminar.

Colgó suavemente.

* * *

El negocio estaba en marcha. Ahora sólo faltaba asegurarlo bien, conseguir que nadie se entrometiese en el último minuto.

No tenía que dar el informe a sus jefes hasta las once. Para entonces, Bertier y su hija podían ya llevar varias horas muertos. Sus superiores empezarían a alarmarse hacia la una, y no descubrirían los cadáveres como máximo hasta la mañana siguiente. Eso significaba que él ya podía estar, como mínimo, haciendo escala en las Azores, en su vuelo hacia América del Sur. Daría una rápida vuelta por varios países y por fin se establecería durante un par de semanas en Haití, hasta que su rastro se perdiera. El conocía el modo de trabajar de la Interpol y sabía que ni los más expertos conseguirían seguirle la pista.

Su paso rápido, ágil y elástico le permitió dar muy pronto alcance a Bertier, que se dirigía a la entrada del «metro».

Los dos hicieron el viaje en el mismo vagón, pero fue como si estuvieran a miles de millas de distancia uno del otro. La oscuridad de los ojos de Bertier era una barrera que les separaba para siempre.

Igual que en otras ocasiones, el ciego descendió en la estación de Tullerías. E igual que en otras ocasiones avanzó poco a poco hacia el *faubourg* Saint Antoine.

Llegó a la casa del Chátelet.

Jacoud le vid subir por las viejas y angostas escaleras, le vio también penetrar por la puerta que ya conocía.

Igual que en otras ocasiones, pegó el oído a la hoja de madera. La voz de Bertier llegó lejana hasta él.

—¿Estás cansada? ¿Necesitas algo?

Y la voz, más dulce y suave, de su hija:

—No, gracias. Has venido un poco tarde hoy.

—Quizá he caminado más despacio.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Hasta las nueve.

Jacoud, al otro lado de la puerta, sonrió irónicamente.

Sabía que el momento decisivo había llegado ya. El momento de su victoria.

CAPÍTULO XVII

Matar a un ciego…

¿Hay algo más sencillo para un hombre que conozca la técnica del estrangulamiento?

¿Puede hallarse trabajo más fácil para un hombre cuyo verdadero oficio es matar?

Jacoud sabía eso, sabía que acabar con Bertier y con su hija iba a ser un juego de niños.

Pero no convenía que Bertier notara su presencia. Hasta entonces había alardeado mucho, pero ahora estaba en el momento decisivo y convenía actuar con prudencia, con una prudencia infinita. Ni un grito, ni un rumor. Estaba en un barrio muy concurrido, en uno de los sectores más densamente poblados de la Tierra, y cualquier paso en falso podía convertir en imposible la fuga.

Maniobró en la cerradura. Era vieja; cedería.

Con los nervios tensos, sabiendo que actuaba en una carrera contra reloj, puesto que alguien podía subir por la escalera, Jacoud probó con el juego de ganzúas que siempre llevaba consigo.

Al fin la cerradura cedió limpiamente. Ni un chasquido.

Jacoud empujó la puerta, que apenas produjo un levísimo chirrido, y la volvió a cerrar a su espalda, dejándola de modo que, desde el exterior, no se advirtiese que había sido abierta. Luego miró en torno suyo.

La vejez y la suciedad que imperaban allí eran repelentes. Todo resultaba incluso más feo y sórdido que en el viejo almacén de Bertier, donde él había asesinado a Martin.

Claro… Un ciego quizá no note tanto la suciedad. ¿Pero y su hija? ¿Es que su hija también era así?

Jacoud se pasó la lengua por los labios casi secos.

Había matado a muchos hombres, pero siempre, en el momento decisivo, una sorda inquietud, un suave nerviosismo se apoderaban de él. Era algo que la víctima no advertía, que no podía sospechar siquiera, pero Jacoud notaba como si algo vibrase, como si una música le fuera pinchando los nervios primero poco a poco, luego más fuerte, más fuerte…

Por fin, cuando había cometido su crimen, se sentía más descansado. Sentía una infinita paz.

Sobre todo ahora, después de matar a Bertier y a su hija, la paz auténtica empezaría para él. Sería rico, poderoso y libre. Nadie daría con él. Conocería todos los lugares de placer del mundo sin que nadie encontrara su pista.

Dio unos pasos. Silencio.

¿Es que Bertier y su hija no hablaban? ¿Es que tal vez le habían oído entrar? Bueno, ¿y qué?

Un ciego no significaba ningún peligro, y una mujer mucho menos. Pero además Bertier no debía haberse dado cuenta de que alguien acababa de entrar, porque su reacción inmediata habría sido la de cerrar las ventanas y dejarlo todo a oscuras. Un ciego se puede defender mejor cuando está sumido en tinieblas. En realidad es su única ventaja.

Y Bertier no había hecho eso.

Bertier estaba desprevenido, no se daría cuenta de nada. No se daría cuenta de lo que sucedía más que en el momento de morir.

Dos pasos más.

Ahora estaba en una sala grande, espaciosa, mitad abohardillada, por donde penetraba la luz a raudales, aunque la claridad debía durar pocas horas allí. Había un gran tablero pegado a una de las paredes con pequeñas esculturas hechas en barro, lo cual parecía indicar que la hija de Bertier se dedicaba al modelado.

Las pequeñas figuras eran buenas, realmente buenas.

Tanto que Jacoud, relativamente entendido en aquellas cosas, se entretuvo unos segundos en contemplarlas.

Nacía se oía en torno suyo. Nada, ni un suspiro, ni el ritmo de una respiración humana. Jacoud miró sus manos enguantadas.

Bertier no resistiría ni treinta segundos. Él tenía una fuerza casi sobrehumana. No, no podría resistir…

Miró de nuevo las figurillas modeladas en barro.

¿Qué edad debía tener la hija de Bertier? Por fuerza había de ser joven, muy joven. ¿Y se puede, sin ser artista de experiencia, hacer figuras tan perfectas? ¿Cómo era posible?

Jacoud torció el ceño.

¿Por qué diablos pensaba en eso? ¿Qué importancia tenía una cuestión tan tonta? Lo que debía hacer era encontrar a Bertier. Y liquidarlo.

Y pronto.

Con las manos engarfiadas, dispuestas para actuar, Jacoud pasó a la habitación contigua, que era una alcoba también abohardillada, pero en la cual la luz no entraba con tanta intensidad. Fue allí donde vio a la hija de Bertier.

Jacoud achicó los ojos. Infiernos, nunca lo hubiera creído.

¿Por qué había de ser tan esbelta y bonita? ¿Por qué había de tener aquel cuerpo tan proporcionado, aunque quizá de una excesiva delgadez?

¿Por qué?

A Jacoud no le gustaba matar a una mujer bonita, entre otras cosas porque las mujeres de esa clase resultan más útiles cuando están vivas que cuando están muertas. Pero iba a hacerlo. No tenía un segundo que perder, ya que la muchacha se encontraba en una posición extremadamente favorable.

Vuelta por completo de espaldas a él, ligeramente inclinada, parecía haberse alzado ligeramente la falda para vigilarse la carrera de una media. No lo había oído; no había advertido tras ella la presencia de la muerte.

Jacoud sonrió. Sus manos se movieron.

—Lo siento, pequeña —dijo suavemente.

Alzó la mano derecha y la dejó caer, con todas sus fuerzas sobre la nuca de la muchacha, pensando dejarla sin sentido para estrangularla luego. Antes tenía que «atender» a Bertier.

Fue en el último segundo, justo ya al caer la mano sobre la nuca, cuando lo comprendió.

Fue entonces cuando lanzó una maldición sorda, un rugido de fiera acorralada.

¿Por qué ella seguía estando tan quieta? ¿Por qué aquella postura tan poco natural?

¿Por qué…?

Todas las preguntas parecieron estallar a la vez en su cerebro cuando la cabeza del maniquí, al recibir el impacto, cayó blandamente a tierra.

* * *

Con los ojos desorbitados, con la boca contraída en una mueca de furor, Jacoud miró la figura tendida a sus pies.

Era un maniquí de increíble perfección, ni más ni menos como los que muchas tiendas elegantes de prendas «prét a porter» colocan en sus escaparates. Estatura normal de mujer, dimensiones normales aunque algo exiguas, postura natural, a veces picara, a veces incitante. Ésta parecía, efectivamente, buscarse una carrera en la media. E incluso sobre sus piernas de materia plástica llevaba nylon. ¿Qué anunciaba? ¿Combinaciones?

¿Quizá vestidos ligeros de verano? ¿Qué más daba?

El caso era que el maniquí estaba allí. El caso era que la hija de Bertier *no existía. No existía…*

La trágica certidumbre pareció ir entrando poco a poco en la mente de Jacoud.

¿Entonces era posible que él mismo hubiera imitado las voces? ¿Era posible que le hubiese atraído allí con Un fin determinado? ¿Era, en fin, posible que…?

Nuevamente las preguntas parecían danzar en su cráneo, pero esta vez no llegó a respondérselas. De pronto sintió un golpe espantoso en la nuca, mucho más espantoso que el que él mismo había propinado al maniquí, y cayó de bruces a tierra.

Cuando intentó defenderse, con la sensación de que su boca se llenaba de sangre, no pudo hacerlo ya.

Un cuerpo gigantesco estaba sobre él.

Dos manos de hierro atenazaban su garganta.

* * *

Con los ojos desorbitados, vio a Bertier sobre él. Notó sus manos en el cuello. Y vio, sobre todo, sus ojos. Sus ojos que… *¡le estaban*

mirando!

Demasiado tarde se dio cuenta de la trampa, del pozo de horror en que se halla hundido. Demasiado tarde se dio cuenta de que él no era el asesino, sino la víctima…

—¿Creías que era tonto? —susurró Bertier—. ¿Creías que era un inocente cordero esperando la hora del sacrificio? No, Jacoud, no… Yo vi tu juego desde el primer momento, pero me limité a dejarte hacer… ¿Para qué matar yo a ninguno de los del grupo si tú mismo hacías el trabajo? A mí ibas a dejarme el último, y precisamente eso me concedía tiempo para prepararte una trampa… como ésta.

Apretó un poco más, hasta tener la sensación física de la muerte de Jacoud, de su estudiada y científica muerte…

—¿Te extraña darte cuenta de que te veo, no es así? —susurró como en un enervante monólogo.

—Yo sólo estuve ciego unos meses, pero decidí seguir con la comedia… Eso podía favorecerme mucho, y en cambio nunca me perjudicaría. Ahora sólo tengo que buscar la muñeca en tu habitación del hotel. Porque la tienes allí, seguro… Tanto como tú sabes de mí sé yo de ti, imbécil… Incluso he buscado ya un comprador para la mercancía… Medio millón de dólares que yo disfrutaré mientras tú estás en la tumba…

Los ojos desencajados de Jacoud parecieron lanzar una muda súplica. Sus manos engarfiadas intentaron detener inútilmente la presión implacable de los dedos del asesino… Todo en su cuerpo gritó desesperadamente «No». «Noooo»… pero ya era tarde… Bertier, con una ronca carcajada, apretó un poco más, hizo una torsión con los dedos y terminó de romper el cuello de Jacoud.

Luego se puso en pie. Su estatura gigantesca pareció llenar la habitación. Miró el maniquí destrozado y pensó que le había costado un buen puñado de francos, pero que era barato después de todo.

Sin lavarse siquiera las manos salió de la casa, cerrando tras sí cuidadosamente. Y fue entonces cuando lo vio.

A Larkey, al americano.

* * *

Estaba subiendo la escalera, y los ojos de los dos hombres se

encontraron bruscamente. Sus miradas chocaron en el aire. Bertier, que por primera vez no había tenido en cuenta la necesidad de disimular, porque ya no lo creía necesario, comprendió que el otro conocía su secreto. Ahora Larkey ya sabía *que no estaba ante un ciego*. El mismo hecho de que viniera allí demostraba que en realidad ya lo había imaginado desde el primer momento. Bertier dio un salto hacia atrás y sacó un revólver chato, un viejo y certero tipo «bulldog» que siempre le acompañaba. Ya estaban de más todos los disimulos, y él lo sabía. Tiró a matar.

Larkey se pegó materialmente a la vieja pared, mientras la bala restallaba a dos centímetros de su cabeza. Disparó a su vez con su «calibre 38», y la bala estalló contra un hierro de la barandilla.

En el silencio de la vieja escalera, las detonaciones parecieron despertar ecos de pesadilla.

Bertier lanzó un grito, mientras corría escaleras arriba, y Larkey fue tras él. Pero se confió demasiado, y al girarse Bertier, éste lo tuvo durante unos segundos en su línea de tiro.

Bertier era rápido. Supo aprovechar su momento.

Hizo un solo disparo, y Larkey se dobló sobre sí mismo, mientras sé llevaba ambas manos al pecho. Bertier lo vio rodar escaleras abajo y lanzó un grito de triunfo, mientras se disponía a saltar en busca de la huida. Su agilidad le permitió llegar junto al caído Larkey en un segundo, y con una mueca salvaje se dispuso a rematarlo.

El asombro deformó su rostro mientras la primera bala penetraba bajo su mandíbula. Logró disparar, pero la bala se empotró en el suelo. Por segunda vez Larkey fue más rápido y le envió una segunda bala a la cabeza. Bertier cayó de espaldas, con medio parietal deshecho, mientras su mano diestra dejaba caer el revólver.

Pero aún palpitaba en sus ojos aquella expresión de asombro que había nacido en ellos al ver a Larkey. Aún era incapaz de comprender…

—¿Cómo… lo supiste? —farfulló—. ¿Cómo pudiste imaginar…?

—Por tus figurillas de barro… —musitó Larkey con voz débil, ya que tenía una bala en los pulmones—. Eran magníficas… y en una exposición a que las presentaste, junto a las de otros artistas… tuviste el error… de firmar una… Tu vanidad te perdió… Yo lo

supe… comprendí instantáneamente que aquella figurilla tan perfecta… no podía haber sido hecha por un ciego…

Bertier tenía ya los labios tintos en sangre. Se moría por segundos. Tan sólo pudo balbucir:

—Una vanidad… que me cuesta… medio millón. Iba a añadir la palabra «dólares», pero ni eso pudo. Echó la cabeza a un lado y dejó de existir.

Sobre la vieja rué du Chátelet había vuelto a hacerse el silencio.

Epílogo

«Muñeca» penetró en la habitación del hospital, se acercó a la cama donde yacía, Larkey, ya más repuesto de su grave herida, y preguntó:

—¿Cómo me encuentras, pesquisa?

Larkey la contempló con los ojos entrecerrados, porque… diantre, la muchacha era tan guapa que deslumbraba según cómo.

—¿Por qué medio cierras los ojos, pesquisa?

—Será porque tu mirada me deslumbra, «Muñeca».

—¿Mi mirada? ¡Pero si me estás contemplando de cintura para abajo!

Larkey se mordió el labio inferior. Siempre le pescaban en aquellos detalles. Como conquistador era un desastre.

—He venido a darte las gracias por haber vengado a mi primo —continuó ella—. Era un sinvergüenza, pero de todos modos te lo agradezco. Así quedo como una reina y todos tan amigos, ¿no?

—Nada tienes que agradecerme. Al contrario, fui un idiota… por no haber sabido llegar diez minutos antes a la rue du Chátelet. Oye…

—¿Qué, pesquisa?

—Se me está ocurriendo una idea.

—Seguramente una cosa mala. A ver.

—¿Por qué no vienes conmigo a los Estados Unidos? Yo sólo estaré aquí una semana más. Di, ¿por qué no vienes?

—¿Me ofreces un buen contrato? ¿He de hacer publicidad?

—La mejor del mundo: Publicidad del matrimonio…

—¿Y me pagarás en dólares? Larkey dijo sin voz:

—Hasta que la muerte nos separe…

Y hundió la cabeza, rendido. ¡Acababa de firmar el contrato más caro de toda su vida! Pero ella, con sus labios, no dejó volverse atrás.

Ni pizca.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en
2007-08
el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Mercado al aire libre donde se encuentran los objetos más inverosímiles. Constituyen una de las curiosidades de París. *(N. del E.)*. <<

[2] *Bateaux-Mouche*. Línea regular de cruceros turísticos que surcan el Sena bajo los puentes de París. (*N. del E.*). < <